


vic logan

# GIGANTES DEL ESPACIO

# Gigantes del espacio

VIC LOGAN

# Gigantes del espacio

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

VIC LOGAN-1969

Depósito Legal: B-15.505-1969

*Printed in Spain – Impreso en España*

---

Impreso en Gráficas Tricolor –Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

# PRÓLOGO

## ESTACIÓN RADIAL, EN EL SEGUNDO AÑO DE LA LLAMADA ERA INTERCÓSMICA

Las cámaras de penetración ultrasensible fueron introducidas en la sala de Conferencias para grabar y transmitir la intervención del eminente profesor Arcano.

—...y allá por el año 1950 de la Era Cristiana, algunos hombres aseguraban haber visto objetos voladores que nuestros antepasados designaron con el nombre genérico y abreviado de *Ovnis*. Sobre los mencionados objetos se escribió mucho y se habló más. Las opiniones se dividían y una inmensa mayoría se mostró escéptica acerca de las posibilidades de otras formas de vida.

—No obstante — siguió el profesor Arcano—. Algunos de los hombres que aseguraba haber sido testigos presenciales de esas apariciones extraterrestres manifestaron que los seres de otros mundos tenían una apariencia semejante a la nuestra. No faltaron quienes, al describir a los tripulantes o pasajeros de algún Ovni les detallara como individuos extraños, de cabeza grande, largas antenas, prácticamente enanos, sin ninguna similitud con las personas humanas.

Arcano tomó un sorbo de agua antes de proseguir:

—En realidad, el común denominador y motivo principal de mi conferencia, es el hecho de que, en frecuentes ocasiones, los testigos que decían haberse comunicado con criaturas de otros planetas, coincidieron al afirmar que no medió palabra alguna entre ellos y que la forma de entenderse era la llamada de *telepatía*, o transmisión de pensamiento.

El profesor sonrió beatíficamente al añadir:

—Naturalmente, esa teoría era compartida por muy escasas personas. La falta más elemental de los conocimientos básicos sobre las posibilidades de los sentidos humanos era la causa de esa incredulidad.

»Fue, sin embargo, mi ilustre antepasado el doctor Terranova, experto en cuestiones ultrasensoriales quien se atrevió a afirmar categóricamente que era absolutamente posible el entendimiento de dos personas sin necesidad de utilizar la palabra.

El profesor se encogió de hombros con resignación, al agregar:

—Claro que en aquellos lejanos tiempos creían supersticiones todo lo que no les era dado comprender. Y así esos fenómenos telepáticos se daban entre nuestros antepasados sin que la gente le diera demasiada importancia. A lo

sumo servía de comentario festivo en las tertulias y los más «listos» veían en seguida un truco para incautos. En una palabra, la afirmación de alguien que aseguraba ser telépata era tomada a broma, pero el doctor Terranova hizo caso omiso de las críticas contrarias y hasta agresivas y siguió estudiando las posibilidades de los sentidos. Y sus trabajos, continuados por otros colegas, llegaron a establecer con plena autenticidad el poder oculto con que cada persona ha sido dotado. Y empleo la palabra «oculto» refiriéndome al lenguaje de una época que hoy nos hace sonreír a todos. Porque «oculto» se consideraba todo aquello incomprensible a la estrechez mental de nuestros antepasados.

Aquí, el profesor Arcano hizo una pausa larga, para proseguir su conferencia, seguida con vivo interés por la concurrencia que llenaba por completo la sala circular.

Sin embargo, desde que el planeta tierra desapareció del cosmos con todo el sistema solar y sólo un puñado de personas logró sobrevivir, gracias a las distintas estaciones interplanetarias a las que consiguieron llegar huyendo de la catástrofe final, han pasado hasta nuestros días centenares de años. Es imposible calcularlos con exactitud. Si tuviéramos que medirlos por el sistema en vigor en el planeta tierra, para nosotros éste es el llamado segundo año, y sin embargo tenemos muchas cosas que aprender y posiblemente, nosotros, descendientes de los terrícolas, seremos tachados de retrasados y torpes por las generaciones venideras, porque todavía no nos ha sido posible establecer contacto con seres de otros habitáculos, que si bien sabemos que existen gracias a nuestros «Captadores electromagnéticos», no podemos llegar sin embargo hasta sus planetas.

¿Cómo y dónde son esos otros mundos? ¿Conseguiremos llegar hasta ellos?

»En fin amigos, quizá podamos descorrer el velo de la incógnita cuando mi «Correo Espacial» se ponga en marcha llevando a bordo a cuatro personas...

* * *

El «Correo Espacial» era de forma redonda. Su diámetro tenía veinte metros y en su centro residía la propiamente llamada sala general distribuida en dos departamentos, uno destinado al computador y diversos tableros de mandos y el otro de mayor superficie, estaba destinado a los pasajeros hasta un total de diez cómodamente sentados, con butacas reclinables y correas de seguridad.

La parte baja, el subsuelo de la plataforma principal, contenía el

complicado mecanismo del computador, el depósito de carburante «K» y quedaba lugar para equipajes, y otros accesorios útiles de posible necesidad, tales como lo que el profesor Arcano denominaba «Caballos del Espacio».

La cúpula superior era un lugar de observación y contenía, además, todos los ingredientes propios para disponer — en pequeño espacio y en caso necesario — de quirófano.

Las cámaras de penetración Ultrasensible [1] grababan y transmitían el momento lleno de expectación en que los cuatro hombres iban a explorar el espacio en busca de otros mundos desde la Estación Radial.

El profesor Arcano dio la mano a Milo Stopensky, gobernador de la Estación Radial y abrió la marcha hacia el «Correo» ascendiendo por la escalerilla metálica.

Siguieron al profesor su ayudante Binda, el inspector Tarbes y por último el joven y dinámico informador Zeno que, al llegar a lo alto, agitó las manos en señal de despedida.

Algunas mujeres jóvenes suspiraron arrobadas por la arrogancia del atlético y popular Zeno.

Sí. Zeno era el hombre — metro ochenta y cinco de altura — más parecido en sentimientos a sus congéneres de la época pre-espacial. Venía a ser —habría sido en el planeta tierra—el apasionado meridional de sangre ardiente capaz de hacer feliz a una dama en una noche de amor para batirse seguidamente contra una partida de pesos fuertes y abatirlos.

Sí. En la superada época de sexualidad predominante, casi mecanizada ya y sin lugar para el romanticismo, Zeno era una excepción que le había valido más de una crítica, pero como era hombre inteligente y cumplía a la perfección su cometido como informador, con el título de número uno, se le toleraban sus devaneos y se le consideró imprescindible en aquella misión.

La compuerta hermética de la «bola» quedó cerrada.

La escalerilla y las cuatro patas que sostenían el artefacto desaparecieron tras las consiguientes compuertas, que también se cerraron herméticamente, mientras el globo metálico quedaba suspendido gracias a los gases de reacción que lo sostenían en la pre-partida.

El profesor pulsó el mecanismo de despegue y puso el «Correo» a disposición del computador.

El ingenio le elevó rodando sobre sí mismo en un movimiento continuo y acelerado.

En un abrir y cerrar de ojos el «Correo» se había perdido en la inmensidad del cosmos y aparecía ya a los ojos de los espectadores como un puntito lejano, igual a una estrella, refulgente gracias a las características del metal

con que había sido construido.

La gente se dirigió a sus hogares. Edificios herméticos, carentes de ventanas. Era la hora del descanso aunque en la estación irradiaba una luz perpetua que no permitía diferenciar el día de la noche.

En el ingenio espacial, los cuatro hombres, no parecían notar la constante rotación del «globo».

Zeno había abandonado su butaca y subió a la parte superior para abrir la bóveda y contemplar la inmensidad del espacio.

—Nunca hemos conseguido averiguar en qué galaxia nos encontramos — comentó con el inspector Tarbes que ascendía por la escalerilla.

—Hay muchos misterios por aclarar — replicó Tarbes.

El profesor estaba leyendo un libro mientras su ayudante observaba el funcionamiento del computador.

—Profesor. ¿Llegaremos a saber alguna vez cómo fue posible que al desintegrarse el planeta de nuestros antepasados esta estación no corriera la misma suerte?

—Con exactitud no se puede establecer una base sólida. Pero de todos es conocida mi opinión, entresacada de los viejos textos.

Zeno regresaba a la plataforma principal y adujo:

—Sí. Según sus teorías, formamos parte de un astro que nos sostiene con su fuerza magnética, pero de ser cierto esto tendríamos que saber a qué distancia estamos de ese astro y qué es, cómo es...

—Mi joven e impetuoso Zeno, la ciencia es lenta. Probablemente estamos en el mismo período que se encontraron nuestros antepasados hace siglos.

—¿Siglos? —intervino Binda, el ayudante con su sempiterno aire distraído.

—En el Planeta Tierra llamaban siglos a los períodos de cien años.

—¡Oh, sí, ya recuerdo! — se disculpó.

Arcano carraspeó como lo hacía cada vez que tenía algo importante que decir y al fin habló:

—Señores... Ya que Zeno ha hablado de ello, aprovecharé la ocasión para exponer un tema que viene preocupándome tanto a mí, como a mis colegas. ¿Quieren avisar al inspector, por favor?

Zeno asomó por la escalerilla:

—¡Eh, Tarbes!

El inspector, cerró la bóveda accionando un botón y bajó para reunirse

con los demás.

Tomaron asiento en las butacas desplazables formando un círculo.

—¿Tiene algo importante que decirnos, profesor? — preguntó Tarbes.

—Sí. Bastante y quería aprovechar esta expedición para hablarles de ello.

—¿Es grave? — inquirió Zeno, alarmado por el tono que el profesor empleaba.

—Podría serlo. Usted ha preguntado hace un momento la distancia y características de este misterioso—debemos llamarlo así —astro que nos mantiene inmovilizados en la Estación Radial, y yo no puedo contestar a la pregunta. Pero sí puedo decirles que, como todos saben, una poderosa fuerza magnética evita que nuestra Estación no vague por el espacio o se desprenda como un meteorito hasta chocar con algún planeta. Ahora bien, esa misma fuerza magnética que nos permite, vivir puede volverse en contra. Es decir, puede aumentar su fuerza de atracción y arrástranos más y más hasta el «lugar» de donde emana.

Tarbes asintió.

—Sí. Supongo que podría llegar a suceder.

—Está sucediendo, señores.

—¿Cómo? — preguntó Binda.

—Es indudable que en el transcurrir del tiempo nuestra estación se ha desplazado.

—¿Desplazado? — exclamó Zeno.

—Sí. No estamos en el mismo punto espacial de tiempo atrás. Es un proceso lento, pero en un momento determinado puede producirse una aceleración.

—¿Por qué no lo dijo antes? — interrumpió el inspector.

—¿Para qué alarmar a la gente?

—Tienen derecho a saber el peligro que corren— insistió el inspector.

Arcano sonrió con escepticismo.

—Habla usted como un policía.

—Lo soy.

—Sí. Pero aquí no se trata de guardar el orden, Tarbes. ¿Cómo vamos a decir a la gente que nos amenaza un peligro y que no tenemos ningún medio de combatirlo? Nuestro perfeccionamiento técnico y telepático no tiene el poder para evitar la locura de los hombres.

—El profesor tiene razón — adujo Binda,

—Desde luego — apostrofó Zeno —. Tenemos leyes y normas para todo, y armas para combatir los peligros conocidos, pero en ése nos hallamos a oscuras.

—Y he aquí el doble motivo de esta expedición— aclaró Arcano.

Carraspeó nuevamente para proseguir:

—Nos importa tanto establecer contacto con otros habitantes, como conocer su sistema de vida y las probabilidades que tendríamos de trasladamos todos a un habitáculo más seguro.

Todos le comprendieron, porque la expedición aparte de su objeto oficial de establecer contacto con otros seres, tenía ahora un fin igualmente primordial: el de buscar — descubrir — un nuevo lugar de vida que ofreciese unas mayores garantías de continuidad.

— En todas las épocas han existido descubridores de mundos — continuó el profesor. Pioneros del mañana —. Y en tono solemne añadió: — Señores, ojalá nosotros fuésemos esos pioneros y pudiéramos regresar con éxito.

* * *

El contador del tiempo, indicaba el paso de los «días» espaciales, única forma de controlar los períodos de tiempo en la eterna oscuridad del tiempo.

—Llevamos diez «descansos» — murmuró de mal talante Tarbes mirando la monotonía del espacio a través de la cúpula abierta.

Zeno a su lado asintió:

—Todo es lo mismo siempre.

—¿Cree que llegaremos a alguna parte?

—No soy adivino, Tarbes.

Se produjo un silencio, hasta que la voz del profesor llamó su atención.

—¡Acérquense!

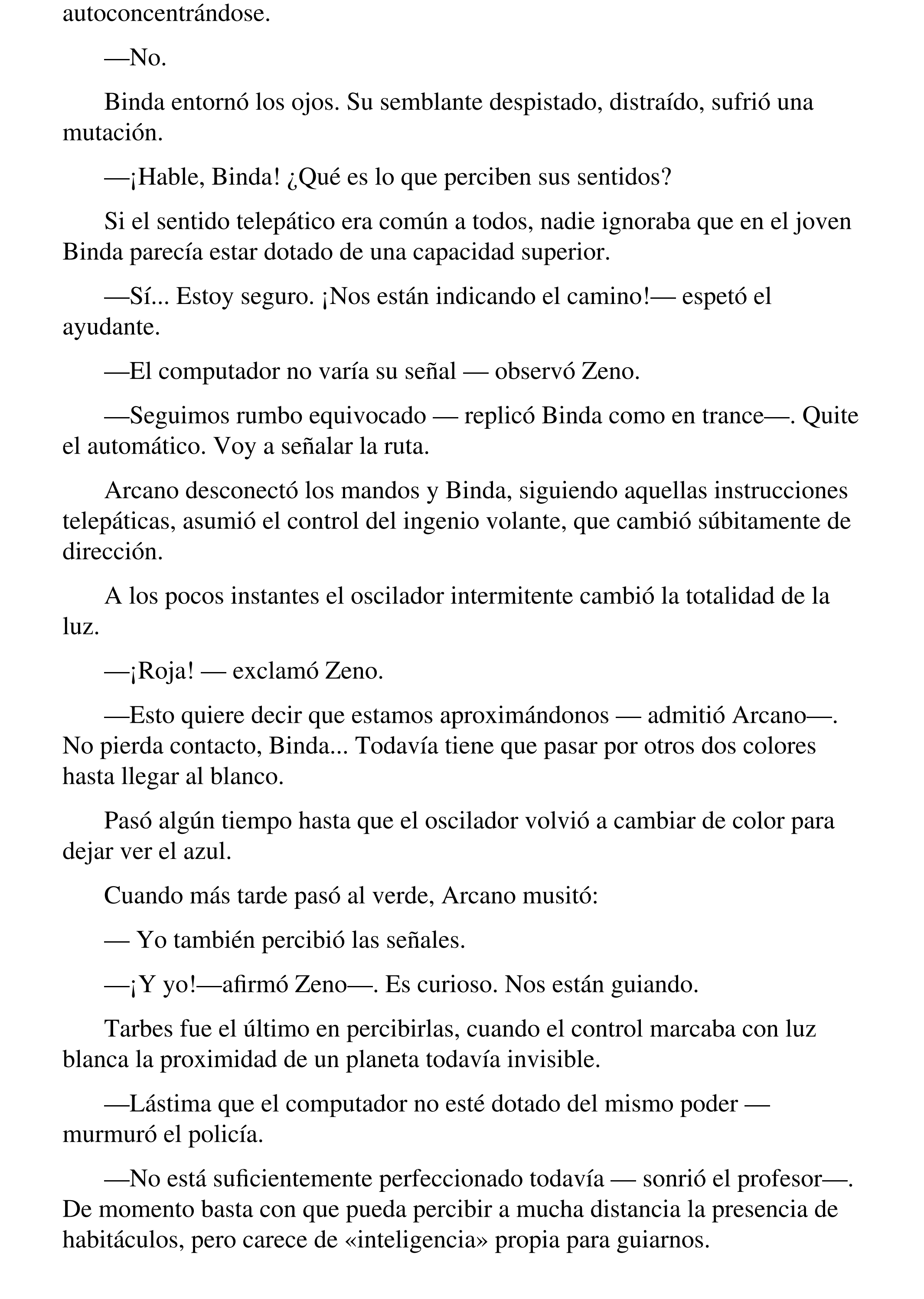
Bajaron para reunirse todos junto al computador.

—¡Señales! —advirtió el profesor indicando una luz intermitente que se encendía y apagaba.

Indica la proximidad de otros sistemas de vida — aclaró Binda.

—¿Dónde? — preguntó el policía.

—No lo sé... Pero estamos lejos aún. Esa proximidad es relativa. Nuestro


computador es ultrasensible. Seguiremos la misma ruta.

—¡Espere! ¿No percibe nada, profesor? — exclamó el ayudante autoconcentrándose.

—No.

Binda entornó los ojos. Su semblante despistado, distraído, sufrió una mutación.

—¡Hable, Binda! ¿Qué es lo que perciben sus sentidos?

Si el sentido telepático era común a todos, nadie ignoraba que en el joven Binda parecía estar dotado de una capacidad superior.

—Sí... Estoy seguro. ¡Nos están indicando el camino!— espetó el ayudante.

—El computador no varía su señal — observó Zeno.

—Seguimos rumbo equivocado — replicó Binda como en trance—. Quite el automático. Voy a señalar la ruta.

Arcano desconectó los mandos y Binda, siguiendo aquellas instrucciones telepáticas, asumió el control del ingenio volante, que cambió súbitamente de dirección.

A los pocos instantes el oscilador intermitente cambió la totalidad de la luz.

—¡Roja! — exclamó Zeno.

—Esto quiere decir que estamos aproximándonos — admitió Arcano—. No pierda contacto, Binda... Todavía tiene que pasar por otros dos colores hasta llegar al blanco.

Pasó algún tiempo hasta que el oscilador volvió a cambiar de color para dejar ver el azul.

Cuando más tarde pasó al verde, Arcano musitó:

— Yo también percibió las señales.

—¡Y yo!—afirmó Zeno—. Es curioso. Nos están guiando.

Tarbes fue el último en percibirlas, cuando el control marcaba con luz blanca la proximidad de un planeta todavía invisible.

—Lástima que el computador no esté dotado del mismo poder — murmuró el policía.

—No está suficientemente perfeccionado todavía — sonrió el profesor—. De momento basta con que pueda percibir a mucha distancia la presencia de habitáculos, pero carece de «inteligencia» propia para guiarnos.

Binda dejó de concentrarse.

—Ahora viene lo más difícil, profesor.

Arcano asintió.

—Es verdad. Podemos permanecer un tiempo indefinido en la órbita del planeta sin encontrar el punto de penetración.

Zeno murmuró:

—Parece que hayan dejado de «indicarnos» el camino.

—Sí. No se capta nada — corroboró el policía.

—Tenemos que probar — decidió Arcano.

Manipuló los mandos de la nave y, tras una expectante espera, la luz blanca se volvió más intensa.

—¡Nos acercamos a la zona de penetración! — exclamó.

—Entonces no tardaremos en llegar — sonrió Zeno.

—Voy a dejar el mando al computador — dijo el profesor—. Y tú, Binda, cuida de la toma de contacto, cuando entremos en la zona de atracción del planeta.

—Voy a distribuir las armas —dijo el policía.

Tenía a su cargo la defensa de la expedición y se apresuró a bajar al departamento de los útiles, donde se guardaban las diferentes armas defensivas y ofensivas.

El profesor advirtió:

—Recuerden que nuestra misión es de buena voluntad. No deben tomamos por enemigos.

Zeno, sin embargo hizo notar algo extraño.

—¿No les parece raro que hayan dejado de guiarnos?

—¿Qué quiere decir? — inquirió el inspector antes de descender por la escalerilla que conducía a la parte inferior.

—Pues que... ¡No sé! Quizá sean suposiciones mías, pero me dio la sensación de que, de repente, había sucedido algo.

—¿Dónde? — preguntó Tarbes.

—Pues... A ese sitio donde nos dirigimos.

—Voy a prepararlo todo — insistió Tarbes mostrando que había llegado el momento de su intervención en los asuntos que dominaba a la perfección como inspector jefe del orden.

Binda se mostró de acuerdo con la opinión de Zeno.

—Es cierto. Algo les sucede a esas gentes.

# CAPÍTULO PRIMERO

La superficie del planeta era arenosa.

El próximo horizonte, a una distancia muy reducida, indicaba su escasa superficie.

Sin embargo, una cosa era evidente: ¡Tenía vida propia!

Era posible respirar el aire sin necesidad de usar escafandras.

Era, eso sí, un aire extraño.

—Predomina el anhídrido carbónico sobre los demás gases —dijo el profesor oliendo la atmósfera. Ve a buscar el «medidor de presiones» —añadió, dirigiéndose a su ayudante.

Binda regresó al «globo espacial».

—¿Puede ser perjudicial? — preguntó Zeno.

—No lo sé todavía... Tendría que investigar la composición del aire.

Binda regresó con el «medidor».

Arcano, tras unas comprobaciones, pareció llegar a una conclusión:

—Carece por completo de oxígeno y una parte relativamente baja de nitrógeno. Sin embargo algún gas desconocido los reemplaza. Eso es lo que produce ese raro olor.

—Bien. Si cree que podemos comenzar a explorar, tengan a mano las armas — propuso Tarbes.

El profesor tomó la «guía magnética» y seguidamente comenzó la expedición. Tarbes abría la marcha.

Aunque relativamente oscuro, una claridad de tonos azulados, opacos, como una luna hacía perfectamente visible el camino.

El andar resultaba dificultoso. El gas atmosférico, notablemente más pesado, producía fatiga en los hombres.

Binda fue el primero en percibir los efectos y cayó.

Todos le rodearon.

—Zeno, acompáñele usted. Que descanse. Nosotros proseguiremos.

—Es mejor que regresemos todos — replicó Zeno.

—Zeno tiene razón —adujo el inspector—. Mejor no separarnos.

—Con la radio sabrá siempre dónde estamos y, cuando Binda se encuentre mejor, regresen. ¡Ah! Tómense las cápsulas «A» y traigan unos cuantos frascos cuando vuelvan a reunirse con nosotros. Quizá las necesitemos.

No hubo forma de convencer al profesor, quien se empeñó en proseguir la expedición.

Zeno también hubiese querido ir, pero Tarbes, como jefe de la seguridad insistió en no moverse de su lado. La vida del profesor era la más valiosa.

Zeno tuvo que llevar durante un buen rato a Binda en brazos. El joven ayudante pesaba poco y la musculatura de Zeno le permitía llevarle sin aparente esfuerzo.

Sin embargo, a medida que avanzaban en dirección a donde había quedado el «Correo Espacial» también él — Zeno — notó una extraña pesadez.

Binda, más repuesto, murmuró:

—Déjame, intentaré andar por mi propio pie. He tenido un desvanecimiento estúpido.

—Es ese condenado aire o gas o lo que sea — replicó Zeno.

Siguieron caminando. El camino se les hacía cada vez más pesado.

—No veo el «Correo» —murmuró Zeno.

—Vamos siguiendo las huellas que hemos dejado a la ida — hizo notar Binda.

Zeno sentía una extraña sensación, algo nuevo, diferente.

Binda le observó.

— Ánimo, hombre...

— ¿No eras tú quien estaba mal?

—No es que esté del todo normal, pero... hay que seguir.

Zeno se pasó la mano por el rostro. Lanzó un suspiro y, contra su propia voluntad, cayó.

Binda trató de ayudarle, pero pese a haberse repuesto no lo consiguió.

Los dos hombres quedaron sobre la arena, inconscientes.

Zeno, antes de perder la noción de la realidad, creyó ver algo que en plenas facultades le habría llenado de horror. Agrandó los ojos, luego... perdió por completo el sentido.

* * *

El profesor Arcano marchando ligeramente rezagado salió de la zona arenosa.

—Mire esto, profesor — indicó Tarbes.

—Es fabuloso. Salimos de un desierto para entrar en la jungla.

En efecto, una exhuberante vegetación en extraño contraste con la zona que dejaban atrás se extendía ante sus ojos.

—Esto parece virgen — murmuró Tarbes.

—Sí. No se ve ningún sendero.

—Nos abriremos paso.

Tarbes lanzó un suspiro.

—¿No nota usted un atmósfera diferente?

—Eso mismo iba a decirle. — Y comprobó el «medido».

—¿Oxígeno?

—No, un ligero aumento del nitrógeno; pero ha desaparecido el gas rarificado, como si existiese una cortina atmosférica que separara una zona de otra.

—Extraño planeta... Y hasta el momento no parece existir el menor rastro de habitante alguno.

—Pues no cabe la menor duda de que había gente. La percibimos. Y usted también... Lo que no está claro es por qué dejaron de ponerse en contacto con nosotros, pero lo averiguaremos.

—¿No quiere avisar a Zeno y a Binda? — terció el inspector.

—Sí. Ahora mismo iba a hacerlo.

Accionó la radio y a través del microreceptor comunicó con la nave.

—Aquí profesor Arcano, aquí profesor Arcano, contesten.

Silencio.

—Profesor Arcano a «Correo Espacial» contesten. ¿Están bien?

El profesor cambió una mirada con Tarbes. El microreceptor no emitía la menor señal.

—Es extraño — murmuró intentando por tercera vez ponerse en contacto con el mismo resultado nulo.

—Regresemos, profesor.

—Sí. Algo anormal ha sucedido.

Arcano comprobó la «Guía magnética» para fijar el camino de regreso.

* * *

Zeno fue el primero en recuperarse. Intentó recordar lo sucedido... Sí. Algo visto antes de quedar sumergido en aquella especie de sopor.

¿Qué había sido?

Su memoria le fallaba. No conseguía recordar la última visión...

Despertó a Binda.

—¿Eh? ¿Qué diablos ha ocurrido? — murmuró el ayudante del profesor.

—No lo sé...

—Pero ¿dónde estamos?

Fue entonces cuando Zeno observó que no se hallaban en el mismo sitio.

—Pero... ¿quién nos ha metido aquí? —espetó Zeno totalmente desorientado.

Ambos miraron en derredor.

Sus cuerpos reposaban sobre un fondo arenoso, en el interior de una profunda depresión rodeada de paredes de la misma arena.

Un cálculo aproximado les permitió medir el terreno. Era bastante extenso, de forma alargada, y circular por los extremos.

Sobre sus cabezas podían divisar el color azulado con la misma opaca claridad de antes.

—¡Salgamos de aquí!—exclamó Zeno.

No resultaba fácil. Sus respectivos pies se hundían en la superficie arenosa y sin ningún saliente sólido al que sujetarse resbalaban una y otra vez hacia el fondo de la cavidad.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —musitó Binda.

—Eso es lo que quisiera saber yo — replicó Zeno.

Intentaron de nuevo la ascensión, pero fue inútil.

—Quizá por otro lugar — adujo el ayudante del profesor.

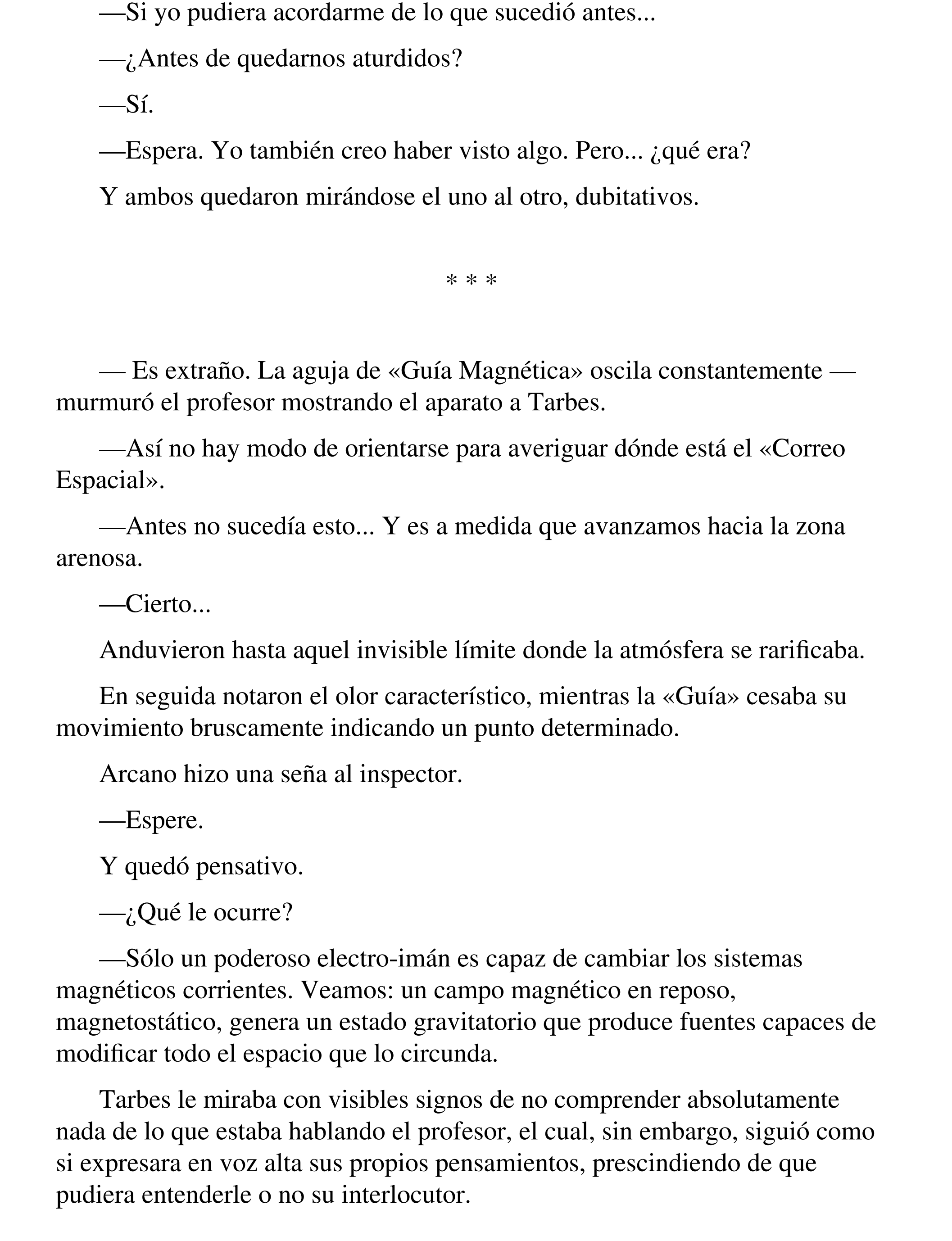
Avanzaron a lo largo de la hendidura y al final se encontraron con un

descenso en forma de escalón que ocupaba toda la superficie.

—Curioso lugar. Parece construido con algún propósito— dijo Zeno.

—Es lo que estoy tratando de adivinar...

Zeno se quedó un instante pensativo.



—Si yo pudiera acordarme de lo que sucedió antes...

—¿Antes de quedarnos aturdidos?

—Sí.

—Espera. Yo también creo haber visto algo. Pero... ¿qué era?

Y ambos quedaron mirándose el uno al otro, dubitativos.

* * *

— Es extraño. La aguja de «Guía Magnética» oscila constantemente — murmuró el profesor mostrando el aparato a Tarbes.

—Así no hay modo de orientarse para averiguar dónde está el «Correo Espacial».

—Antes no sucedía esto... Y es a medida que avanzamos hacia la zona arenosa.

—Cierto...

Anduvieron hasta aquel invisible límite donde la atmósfera se rarificaba.

En seguida notaron el olor característico, mientras la «Guía» cesaba su movimiento bruscamente indicando un punto determinado.

Arcano hizo una seña al inspector.

—Espere.

Y quedó pensativo.

—¿Qué le ocurre?

—Sólo un poderoso electro-imán es capaz de cambiar los sistemas magnéticos corrientes. Veamos: un campo magnético en reposo, magnetostático, genera un estado gravitatorio que produce fuentes capaces de modificar todo el espacio que lo circunda.

Tarbes le miraba con visibles signos de no comprender absolutamente nada de lo que estaba hablando el profesor, el cual, sin embargo, siguió como si expresara en voz alta sus propios pensamientos, prescindiendo de que pudiera entenderle o no su interlocutor.

—Es como una electroféresis.

—¿Qué es eso?

—Un transporte de partículas con carga bajo el influjo de un campo eléctrico.

—¿Quiere decir, pues, que esas oscilaciones eran producidas por el campo eléctrico?

—Sí, mi querido Tarbes. ¡Estamos en el campo eléctrico!

—Pero aquí la aguja de la «guía» está en reposo.

—¡Es asombroso! Estamos metidos en un aparato de «tamaño natural». Esto, Tarbes, esto que pisamos, es una enorme electroféresis en movimiento.

—Bueno. ¿Seguimos o no? —murmuró el inspector.

—No, Tarbes. Lo que no comprendo es cómo hayamos podido cruzar toda esta zona sin que nos sucediera nada.

—¿A qué se refiere?

—A algo espantoso. Tarbes. Espantoso... Nunca volveremos a ver a Zeno, ni a Binda. ¡Nunca!

# CAPITULO II

—¡Ya recuerdo lo que era! —exclamó Zeno.

Binda, sentado sobre la arena, descansando de los grandes esfuerzos realizados para salir de aquel agujero, volvió sus ojos hacia su compañero.

—¿Qué?

—Fue como una masa incolora...

—¡Es verdad! — recordó Binda.

—Hizo explosión. Sí... La hizo. No pudimos percibirla pero la hizo...

—¡Claro! Al profesor no se le ocurrió, pero... — Quedó callado unos instantes.

—Sigue. Binda. ¿Qué ibas a decir?

—Nuestra «Estación radial» se sostiene por un campo magnético; luego, todos nosotros formamos parte como partículas de su gigantesco sistema. Este planeta viene a ser como el polo opuesto... La masa incolora no era más que una acumulación de electricidad, un campo vectorial atraído por el polo opuesto. Y nosotros formábamos parte del polo opuesto.

—Entonces la explosión...

—Lo extraño es que estemos vivos. En un lugar así es imposible que puedan existir seres inteligentes...

—Pero los percibimos — repuso Zeno.

—Sí... Y me horroriza imaginar qué clase de criaturas pueden vivir en un lugar semejante.

Zeno quedó pensativo.

—Sin embargo, esa extraña atmósfera parece haber cedido... No se percibe el olor.

—Porque estamos acostumbrados a él.

—Sí, es posible...

Se hizo otro silencio, el despistado Binda parecía nuevamente concentrado.

—Espera. ¿No notas nada?

—Alguien parece querer indicarnos el modo de salir de aquí, pero no

consigo entender totalmente.

—¡Sí! — exclamó Zeno.

Permanecieron silenciosos, con los sentidos en tensión.

— ¡Nada! — exclamó Binda—. De nuevo, el silencio.

—Es de suponer que al profesor y a Tarbes les haya sucedido lo mismo.

— No lo creo. Fíjate bien en que mientras estuvimos los cuatro junto nada pasó.

—Sí. Es cierto, pero...

—Tiene su explicación. La explosión, llamémosla así, producida por el choque de dos campos magnéticos opuestos, negativo y positivo, no puede ser posible si entre ambos se interpone un neutro. Es decir, algo que repela la atracción.

—No comprendo...

—El profesor lleva consigo uno de esos aparatos. El actuaba a modo de pantalla; fue al separarnos cuando atrajimos hacia nosotros la masa.

—Entonces, no hay duda de que la explosión nos llevó hasta este condenado agujero.

Binda se puso en pie.

—¿Lo intentamos de nuevo?

—¡Vamos!

Zeno retrocedió unos pasos y tomó impulso para correr por aquella pendiente que la arena convertía en resbaladiza.

Consiguió ascender una cuarta parte y se detuvo.

Pegado en el suelo, arrastrándose, consiguió avanzar un poco más, mientras Binda comenzaba la ascensión.

Jadeantes siguieron con ímprobos esfuerzos, intentando ganar la superficie superior.

Los dedos de Zeno se arrapaban a la arena.

Binda resoplaba.

—Si tuviéramos una cuerda.

—¿Y dónde ibas a sujetarla, genio? — masculló Zeno.

Descansaron un rato intentando mantenerse.

Zeno estaba ya a la mitad.

Si no salían pronto de allí, podían darse por muertos.

* * *

El profesor Arcano manipuló en su aparato control remoto, mientras decía a Tarbes.

—Intentaré conectar automáticamente el control del «Correo Espacial» al computador. Será el único medio de conseguir regresar.

—¿No quiere explorar más? — inquirió el inspector.

—Sí. Pero lo haremos desde el aire. Si existen habitantes en este lugar tienen que ser forzosamente como nosotros. Lo único importante es evitar ese campo magnético.

Accionó los mandos del control y se mostró satisfecho.

—Lo he conseguido. El «Correo» funciona con el computador.

En los pocos momentos el ingenio volante llegaba hasta ellos.

Estaban sobre la meseta de una suave colma, al otro lado de la zona de apariencia selvática que habían logrado cruzar sin el menor peligro.

Tarbes subió primero a la nave. El profesor miró en torno suyo antes de entrar.

¡Pobre Binda, y pobre Zeno!

—Usted no tiene la culpa, profesor.

Tarbes bajó los ojos.

—Sí, la tengo. Hubiera podido evitarlo, pero no se me ocurrió pensar que yo actuaba de pantalla contra dos polos opuestos

Y observó el pequeño aparato de bolsillo que actuaba de control remoto.

—Esto. Ya ve, Tarbes... Esto nos ha salvado a usted y a mí.

Poco después el «Correo» se elevaba.

Moderando la marcha, los dos hombres pudieron observar toda la superficie del planeta.

Era pequeño, pero tenía zonas exuberantes.

Sin embargo, al profesor le llamó la atención el oscilómetro del computador.

—Vuelve a anunciar la presencia de seres vivos.

—Es verdad — asintió Tarbes.

—Estamos volando casi a ras de la superficie. ¿Ha contado las vueltas que hemos dado?

—Creo que tres, profesor.

—¿Ha visto a alguien?

—No.

—Ni un edificio, ni una caverna. ¡Nada!

—Bueno, profesor... Yo no estoy versado en cuestiones de ciencia pero... ¿No puede ser posible que los habitantes de este lugar, aunque parecidos a nosotros, sean alérgicos a la atmósfera?

—Si son iguales, no lo creo. En el desierto es distinto. Allí sólo podrían vivir personas digamos... sobrehumanas.

—Entonces es raro, porque el oscilómetro sigue con luz blanca.

—Echaremos un último vistazo... Ahí, junto a esa pequeña laguna.

Y el profesor indicó el lugar rodeado de vegetación en cuyo centro un lago de aguas cristalinas y tranquilas formaba un remanso de paz.

—¡Esto es un paraíso! —exclamó Arcano mirando en derredor una vez fuera del «Correo»—. Es imposible pensar en monstruos.

—¡Profesor! — exclamó el inspector de pronto.

—¡Cálle, Tarbes! Sé lo que va a decirme. Yo también estoy percibiendo algo.

—Dicen que nos marchemos de aquí. Lo he captado totalmente — argulló Tarbes.

—Sí...—musitó Arcano y en voz alta transmitió el mensaje que telepáticamente había recibido:

— »Somos gente de paz. No queremos invasores, pero, si no os marcháis, os atacaremos con todo nuestro poderío».

—¿Dónde estáis, dónde estáis? — preguntó el profesor con el pensamiento.

—»En todas partes. No podéis vernos, pero nosotros sí veros a vosotros.

—»¡No existen seres inmateriales! —exclamó Arcano.

—No querráis averiguar cómo somos. Idos de aquí. Es el último aviso.

Arcano y el policía cambiaron una mirada, en silencio.

Quizá ambos se preguntaban:

¿Qué clase de seres son estos?

## CAPÍTULO III

Zeno fue el primero en coronar la colina. Tendió un brazo para ayudar a Binda, el cual, por fin, llegó también a lo alto.

Se sentaron ambos, visiblemente fatigados.

—Descansaremos y buscaremos la nave —dijo Zeno.

Binda miró en derredor.

—Es extraño que no se haya producido una nueva explosión. Pienso que tal vez ese agujero...

—¿No pensarás meterte en él de nuevo, después de lo que nos ha costado salir?

—No, pero...

—¡Vamos! Ya descansaremos luego. Tratamos de encontrar «El Correo espacial». Buscaremos al profesor y a Tarbes. Es posible que ellos a su vez nos estén buscando.

—Quisiera antes echar una ojeada a esto — replicó Binda señalando el fondo del agujero.

—¿Es que no lo has visto bastante?

Binda empezó a caminar en torno al perímetro. Zeno se levantó de mala gana, pero entonces sus ojos se fijaron atentamente en otro agujero de características parecidas situado bastante más allá.

— ¡Mira! Allí hay otro.

— Sí. Y más allá parece haber otro.

— Siguen una misma línea.

Zeno echó a correr hasta la terminación del boquete. Rodeó el círculo con que terminaba la hendidura y lanzó un silbido.

— ¡Binda!

— ¿Qué ocurre?

— Mira bien esto. ¿No te recuerda algo?

— Pues...

— Esto no es un cráter, Binda. ¡Cielos!

Binda agrandó los ojos. Acababa de comprender lo que Zeno había

descubierto.

— Una huella.

— ¡La huella de un pie calzado! ¡Una huella gigantesca! — exclamó Zeno.

— Y todo eso... todo son huellas — murmuró el ayudante del profesor.

— ¿Dónde diablos nos hemos metido, Binda? Un zapato de este tamaño sólo puede llevarlo un hombre monstruoso. ¡De descomunal tamaño!

— Un gigante.

— ¡Un monstruo, Binda! Algo increíble.

Zeno miró hacia el horizonte. Le pareció más lejano. Se volvió a su compañero con otra idea en la mente.

— ¡Éste no es el mismo planeta!

— ¿Por qué?

— Mira a tu alrededor. Tiene que ser mucho más grande.

— Es verdad. Pero no puede ser... Es imposible.

— Fíjate en la arena también. Es menos fina—. Se miró las manos llenas de rasguños. Y corta como el cristal. Y sin embargo, cuando llegamos parecía polvillo.

— Desde luego algo ha cambiado — admitió Binda.

— La explosión nos ha desplazado.

— No podemos haber estado volando por el espacio. Nos habríamos desintegrado, Zeno.

— Haz funcionar el cerebro, genio. Tú eres científico. Busca una solución. Pero entretanto larguémonos de aquí.

Pero... ¿Dónde?

Si aquél no era el mismo planeta donde habían tomado contacto, era totalmente imposible encontrar el vehículo con el que habían llegado.

¿Dónde se encontraban realmente?

* * *

Pasaron varios «Descansos».

El profesor Arcano había estado trabajando en su laboratorio, mientras los talleres construían a ritmo acelerado un «Correo» de mayor capacidad.

El inspector-jefe Tarbes, con autorización del gobernador, había elegido ya a los hombres para la siguiente inmediata expedición.

— No podremos llevar a más de cincuenta. Iremos equipados con las nuevas armas.

— ¿Están listas?

— Sí, señor. Podrá verlas funcionar ahora mismo, si lo desea.

— Veamos.

Ambos hombres se dirigieron al patio de pruebas donde se hallaban alineados tres robots metálicos.

Varios hombres portaban armas cortas y ligeras de metal empavonado.

Las armas podían ser utilizadas con una sola mano.

A una orden de Tarbes, uno solo de aquellos hombres provisto de dos armas, una en cada mano, se situó a una distancia aproximada de cincuenta metros.

— ¡Cuando quiera, señor! — dijo a Tarbes.

Tarbes miró al gobernador que asintió con la cabeza.

— Puede empezar — ordenó el inspector.

El hombre accionó la palanca, a modo de gatillo, de ambas armas que funcionaron al mismo tiempo.

Salieron contiguos fogonazos de los respectivos cañones.

Al cabo de algún tiempo, el hombre que manejaba aquellas extrañas pistolas dejó de disparar.

Entonces, el inspector acompañó al gobernador hasta el lugar donde los Robots seguían en pie.

En los tres podía observarse el mismo resultado.

Sus respectivos cuerpos de acero estaban llenos de diminutos y humeantes agujeros.

Estaban atravesados de parte a parte y aquellas planchas convertidas en enormes coladores iban ensanchando los agujeros.

— Es una mezcla de ácido corrosivo sensible a todos los metales; en breves instantes el cuerpo del robot quedará fundido.

— Muy eficaz, — murmuró el gobernador.

— Su efecto alcanza los cien metros. El sistema de puntería es automático, por lo que impide cualquier fallo humano.

— Le felicito. Tarbes.

— Felicite al profesor Arcano, señor. Él las ha diseñado. La construcción es rápida.

— Bien, Tarbes. He quedado satisfecho. Ahora le recomiendo el máximo tacto. Piense ante todo que lo que nos interesa es la convivencia pacífica. Si ese lugar es apto y seguro para vivir, nada me agradaría más que compartirlo con sus habitantes.

— Me temo que será imposible, señor. Nos advirtieron claramente que no querían intrusos...

— Ya leí su informe. Sin embargo, resulta extraño que pudiendo percibir sus voces no pudieran verles.

— El profesor no le dio excesiva importancia. Piensa que pueden estar en grutas subterráneas. Nuestra misión consistirá en descubrirles.

## CAPÍTULO IV

En aquel planeta extraño y desconocido, Zeno y Binda habían intentado alejarse de la zona de gigantescas huellas. Pero después de varios «Descansos» [2] no habían salido todavía de aquel mar de arena gruesa.

La fatiga hacía mella en sus rostros. Sobrevivían gracias a su propio anhelo, y se preguntaban hasta cuándo podrían resistir sin tomar alimento.

Posiblemente la explosión que les había desplazado les hizo perder su equipo.

Sólo llevaban lo puesto. Aquel vestido sintético de una sola pieza que también conservaba las huellas de las últimas peripecias.

Binda cayó agotado.

— Creo que esto es el fin.

— ¡Ánimo, amigo! Seguimos vivos... Este condenado desierto tiene que terminar en algún sitio.

—No, Zeno. Sigue tú. No cargues conmigo.

—Si no haces un esfuerzo, te quedarás para siempre, Binda. ¡Vamos, amigo! Un poco más. Conservamos el aliento, podemos respirar...

Se lo decía para animarle, pero en realidad sentía los mismos síntomas de desfallecimiento.

—¡Estamos solos en un planeta desconocido! — exclamo Binda desesperado—. Posiblemente lo único que tiene es esa atmósfera que nos permite respirar, y nada más... ¡Un lugar solitario, Zeno! Un sitio habitado únicamente por monstruosos gigantes...

— Si hay gigantes, tendrán que vivir de algo.

Binda vencido se pegó sobre la arena. Tumbado inmóvil.

Zeno trató de levantarle, pero las fuerzas le fallaban. Ya no era el hombre fuerte. Sólo le quedaba su ansia de sobrevivir.

Binda no se movía.

— Moriremos... Moriremos — musitó Zeno

Y no temía a la muerte. Pero le dolía dejar de vivir en plena juventud. Recordaba a las chicas, las fiestas allá en la lejana «Estación Radial».

Luego pensó:

«Soy hijo de los supervivientes terrícolas. Un remoto antepasado mío pudo salvarse de la desintegración del planeta tierra. Tuvieron que pasar muchos períodos para que yo naciera... Me habría gustado seguir el desarrollo de mi época en constante evolución. Ver los adelantos, descubrir mundos nuevos, nuevas formas de vida... Y ya no va a serme posible...

Intentó mantenerse erguido, dominar su propio desfallecimiento para no hacer como Binda.

Sabía que si caía ya no volvería a levantarse nunca.

Apretó los dientes.

«Tengo que seguir» — pensó.

Y su pétrea voluntad le mantenía.

Se inclinó para sujetar a Binda.

— Te llevaré conmigo aunque sea a rastras. No voy a dejarte, amigo.

Tiró de él.

¿Hasta dónde podrían llegar?

De pronto algo le deslumbró. Zeno parpadeó un par de veces.

¿De dónde procedía aquella extraña y brillante luz?

Creyó estar soñando cuando vio ante sí un pasadizo luminoso. Algo intangible que repentinamente había aparecido en la arena como un sendero mágico.

— ¿Qué es esto?

Binda abrió los ojos.

— Parece un rayo Láser.

— No es un rayo. Es un camino — murmuró Zeno.

Se concentró.

Telepáticamente una voz le manifestó:

«Seguid este camino».

— ¡Estamos salvados, Binda!

El joven le miró un instante.

— ¿Tú crees?

La voz pudo oírla Binda en su cerebro:

«No tenéis nada que temer».

— No tenemos nada que temer — repitió.

— Eso es lo que nos están indicando — murmuró Zeno.

— Pienso en las huellas... ¿Serán los gigantes?

— ¡Qué importa quién sea, Binda! Tenemos una oportunidad. Muertos por muertos, sigamos esa estela.

El extraño camino luminoso estaba allí a pocos pasos. Tenía anchura para más de dos personas.

— Tienes razón — admitió Binda —. Aquí moriríamos.

Zeno miró el rectilíneo sendero. Se perdía en el horizonte. Su final era imposible de preveer.

—¡Vamos! — Zeno ayudó a su compañero y llegaron al borde de aquel rayo ensanchado.

—Adelante — murmuró Binda.

Y allí se colocaron.

No tuvieron necesidad de dar un solo paso. Como si el rayo les absolviera se vieron empujados por el centro de aquella luz que habituados a ella les parecía menos cegadora.

Era como ser transportados sin el menor esfuerzo a través de aquel enorme e inhóspito territorio.

Por fin el rayo disminuyó su intensidad desapareciendo por completo.

Zeno y Binda, aturdidos, quedaron sobre un suelo metálico inconscientes, mientras dos pares de brazos los recogían.

Una voz daba órdenes telepáticamente.

—Llévenlos a la sala «B».

## CAPÍTULO V

«El Correo Espacial» estaba dispuesto para la marcha. Cincuenta personas lo ocupaban, además del profesor y de Tarbes.

Aquella expedición tenía por objeto determinado y concreto explorar a fondo el planeta «Paraíso».

Así lo había bautizado el profesor Arcano.

—Tomaremos contacto en la zona del lago — explicó al inspector Tarbes.

Puso el autocontrol a merced del computador y el «Correo» con la misma velocidad vertiginosa desapareció de la vista de la concurrencia.

—¿Habrá suficiente carburante? — inquirió el policía.

—Está proporcionado con el tamaño y peso del «Correo». No tendremos problemas — explicó el profesor.

El inspector se sentó junto con sus hombres en la plataforma principal.

Cada uno llevaba su equipo, sus raciones de «campaña» las pastillas vitamínicas y lo necesario para permanecer un mínimo de treinta «Descansos» y un máximo de cuarenta y cinco racionando los víveres.

Cuando el oscilador comenzó a señalizar con su luz roja intermitente la proximidad de criaturas, el profesor tomó el mando personal del ingenio y llamó al inspector.

— Nos estamos acercando.

Consultó los planos de la ruta interior e hizo posteriores comprobaciones valiéndose de la guía magnética.

— Seguimos el mismo camino.

— No se le ocurra tomar contacto en aquel desierto sonrió Tarbes, cosa rara en él, que casi siempre se mostraba adusto, pensando en su deber y en la forma de cumplirlo de la manera más estricta.

— De cualquier modo, si ocurriera algún fallo, cada nombre lleva ya un conductor neutro para evitar un choque de «Campos» opuestos — recordó Arcano.

El viaje prosiguió y el oscilómetro fue cambiando los colores hasta centrarse en el blanco.

Era la señal de su inminente toma de contacto.

Fue entonces cuando el policía advirtió al profesor:

— ¿Ha percibido las señales telepáticas?

—Sí, Tarbes. Pero esté tranquilo.

—Nos están advirtiendo que no tomemos contacto — insistió el policía.

—Sí. Diga a sus hombres que se preparen

— De acuerdo.

—¡Ah! Y no olvide las instrucciones del gobernador.

Tarbes se dio por ofendido.

— Jamás he dejado de cumplir una orden, profesor. Me extraña que me diga esto.

—Bueno, disculpe. Hemos armado a los hombres como si se tratara de hacer una guerra.

—¿No es la mejor forma de prevenir la paz?

—Eso creyeron, según parece, nuestros antepasados terrícolas. Se armaron para hacer la paz y terminaron destruyéndose a sí mismos.

— No haga filosofía, profesor.

—Sólo intento decirle que, como el gobernador, prefiero entrar en tratos con los habitantes de «Paraíso» de una forma... democrática.

Tarbes dio media vuelta, sin contestar.

No es que fuera amante de la violencia, pero su instrucción guerrera le situaba entre los hombres de acción directa, sin olvidar las órdenes. Unas órdenes que «a priori» le parecían difíciles de cumplir; es decir, de poder ser cumplidas. Porque...

Porque en su mente no cesaba de captar aquella extraña comunicación que les conminaba a todos a no tomar contacto.

Y la misma comunicación recibían los cerebros de los cincuenta soldados-policías, y aquello, según pensaba Tarbes, podía minar su moral de lucha.

¿Qué pasaría cuando tomaran contacto con la superficie?

* * *

Zeno abrió los ojos en algo parecido a una cama.

Lo primero que vieron sus ojos fue el rostro enigmático de una mujer de ojos grandes y silueta ondulante.

Vestía un uniforme opaco de fibra sintética, que oprimía su cuerpo de las rodillas hasta la cintura.

Le pareció extraordinaria de belleza a pesar de su faz adusta, y su semblante inexpresivo.

No habló, pero captó perfectamente su mensaje a través del cerebro.

—¿Cómo se encuentra? — le preguntaba ella.

— Viéndola a usted, me hallo estupendamente — le comunicó él con la voz.

Ella le miró inexpresiva.

—Ahora vendrá el doctor Zeldonius — le transmitió

— ¡No se vaya!

Ella siguió su camino hacia la puerta metálica. Todo era metálico en aquella estancia.

—¡Eh! —gritó Zeno—. ¿Es que no puede entenderme?

Ella se volvió desde el umbral. Le miró un momento y siempre por el mismo procedimiento de transmisión respondió:

— Le entiendo perfectamente.

Y sin más se volvió cerrando la puerta metálica sin oprimir botón alguno.

Zeno miró en torno suyo.

— ¿Qué es esto? ¿Un hospital? ¿Una cárcel?

Se sentía bien e indudablemente había recuperado sus fuerzas.

Vio su vestido maltrecho colgado de una barra metálica y lo tomó para vestirse.

Luego una vez enfundado en el traje sintético recorrió la reducida estancia.

Todo metálico, todo hermético.

Se fijó en la especie de cama donde había permanecido y comprobó que la base también metálica era dúctil moldeando perfectamente la forma del cuerpo.

Las ropas que la cubrían tenían un tacto especial sedoso.

«Extraña fibra», pensó.

Tanteó el lugar por donde había desaparecido la muchacha. No existía el menor resquicio. La puerta ajustaba tan perfectamente que parecía que las piezas hubiesen quedado soldadas sin dejar la menor rebaba.

Podía respirar bien, y entonces mirando hacia el techo, igualmente metalizado vio unos agujeritos.

«Por aquí entra el aire, el oxígeno o lo que sea», pensó.

La puerta volvió a abrirse de forma silenciosa. En el umbral apareció un hombre de estatura ligeramente inferior a la de Zeno.

Tampoco habló, pero Zeno captó su mensaje:

— ¿Quiere acompañarme?

— Oiga — dijo él—. ¿Dónde está mi amigo?

—Perfectamente — respondió el otro telepáticamente.

— ¿Le he preguntado...?

—Sé qué me ha preguntado — cortó el otro — y lo que desea saber es cómo está. Por eso le he respondido que perfectamente. Ahora le verá.

—No hay duda de que están ustedes más adelantados que nosotros — sonrió Zeno —. Adivinan incluso las preguntas, tienen puertas que parecen cerrarse a voluntad y...

— Sígame — mentalizó el hombre.

A Zeno se le antojó un médico o un científico. Era adusto, conciso...

Le llevó a través de un pasillo largo sin puertas aparentes. Sin embargo, en un momento determinado se abrió un hueco y salió una muchacha vestida exactamente igual a la que él había visto poco antes; pero no era la misma.

Se quedó mirando al hombre.

Indudablemente intercambiaron un mensaje, pero aunque Zeno podía percibirlo no entendió nada hasta que su acompañante le hizo saber

— Aguarde unos momentos.

Zeno se quedó en medio de aquel solitario pasillo, mientras el otro y la muchacha pasaban por la puerta que volvía a cerrarse tras ellos sin dejar la más leve ranura.

Entonces del fondo del pasillo apareció otra joven.

Zeno sonrió.

Era la que ya conocía.

— ¡Eh! ¿Puede alguien decirme dónde estoy?

La chica acercándose le transmitió:

— Juno.

— ¿Qué es Juno?

— Un lugar en el espacio.

— ¿Un planeta?

— Si usted le llama así...

— Hablando de nombres, el mío es Zeno.

— Lo sé.

— ¿Adivina el pensamiento?

— Lo sé, simplemente. Usted es Zeno.

— Yo no tengo la misma facultad. ¿Cómo se llama usted?

No captó el menor mensaje Insistió:

— ¿Es un secreto su nombre?

— Zobra.

— ¿Cómo?

— Mi nombre es Zobra. Y ahora discúlpeme. Tengo que hacer.

Siguió a través del pasillo, mientras él la observaba

Ahogó un silbido.

— Juno me gusta. Esperemos que yo les guste a sus habitantes.

El hombre que le había hecho seguir salió de aquella habitación o cámara metálica donde momentos antes había entrado y le ordenó mentalmente.

— ¡Vamos!

¿Dónde?

Eso es lo que Zeno deseaba saber.

## CAPITULO VI

— ¡Binda!—exclamó Zeno al ver a su compañero en pie en aquella pieza semicircular y desierta.

Allí les habían dejado.

— Por lo menos estábamos vivos. En este hospital se recupera uno rápidamente.

— ¿Crees que es un hospital? — inquirió Zeno.

— ¿Pues qué, si no?

Miraron en derredor.

Aquello les pareció algo semejante a una sala de conferencias.

Una mesa semicircular también con capacidad para unas cinco personas, estaba al fondo.

Unos banquillos a los lados y todo iluminado de forma indirecta sin que aparentemente surgiera ningún punto de luz.

— Son las paredes y el techo — dijo Binda.

— ¿Qué?

— Es todo el conjunto lo que produce la luz. El material es resplandeciente.

— Es verdad... Si el profesor viviera le gustaría ver esto.

— Sí En este planeta han superado nuestros balbuceos técnicos. Es muy interesante todo esto.

Zeno no contestó. Por un hueco que acababa de abrirse apareció el mismo hombre que ya conocía, seguido de otros dos.

Los tres tomaron asiento en la mesa semicircular.

Siempre utilizando el sistema de mentalización, el hombre que llevó a Zeno hasta allí se presentó a sí mismo.

»Soy el profesor, doctor Zeldonius. Mis colegas; Guardo; a mi derecha, es el Rector de nuestra comunidad. A mi izquierda, Priko, jefe de la defensa. Mi misión como pueden suponer es puramente científica. Ahora siéntense.

Zeno y Binda eligieron sendos taburetes metálicos de cómodo y flexible asiento y esperaron a que Zelonius mentalizara.

—¿De dónde proceden ustedes? — fue su primera pregunta.

— De la Estación Radial — replicó Zeno.

— ¿Y cómo llegaron hasta aquí?

Siempre con la voz Zeno explicó lo ocurrido, hasta el momento de aquella explosión que no llegaron a oír, y su posterior desvanecimiento después de ser conducidos por el rayo.

— Bien. Estaban ustedes extenuados y faltos de vitaminas— explicó Zelonius—. Unos compases [3] de descanso y el tratamiento adecuado les han devuelto a la normalidad.

—Gracias por sus atenciones, profesor — sonrió Binda, al tiempo que agregaba—. Yo soy ayudante de un profesor. A él le habría gustado conocerle.

— Siempre es grato cambiar impresiones entre colegas — mentalizó Zeldonius —. Generalmente suele aprenderse algo. Es una lástima que cueste tanto entenderse entre criaturas de Comunidades[4] distintas. Y me refiero al afán de conquista natural que existe en lugares de cultura menos desarrollada.

— ¿Han alcanzado ustedes la perfección? — preguntó Zeno.

— Creíamos que sí. Pero siempre hay que estar alerta a cualquier peligro imprevisto. Ahora nos acecha uno.

Zeno recordó las huellas.

— ¡Gigantes! Hemos visto huellas gigantescas... Nosotros caímos dentro de una.

Zeldonius asintió:

— Sí, señor Zeno. Esto es lo que nos preocupa. Hace ya unos cuantos compases que nuestras patrullas descubrieron esas huellas.

— ¿A quién pertenecen? — preguntó Binda.

— Lo ignoramos. Es decir, ignoramos de dónde proceden, pero alguien pudo verlos y transmitir su descripción. Lamentablemente no vivieron lo suficiente para contarlo. Son seres monstruosos y aquí es donde nos damos cuenta de que nuestros sistemas defensivos son insuficientes para combatir a esas criaturas.

— Nosotros a su lado somos poco menos que vulgares insectos — replicó Zeno.

— Ésa es la palabra — memorizó el profesor—. Insectos... Aquí teníamos insectos y llegamos a destruirlos. Su especie se ha extinguido. Claro que con los insectos fue fácil, pero... ¿qué hacer con los monstruos?

—Si podemos ayudarles, profesor...—se ofreció Zeno.

— De momento — replicó siempre con el mismo sistema telepático — tengo que pedirles que no alarmen a la gente. La presencia de esos seres sólo conseguiría alarmar a nuestra Comunidad. Mi colega el profesor Priko trabaja intensamente en la búsqueda de armas capaces para combatirlos, y mientras tanto nuestro jefe Guardo insiste en mantener el secreto.

—Por nosotros no será revelado — replico Binda.

—Es curioso — adujo Zeno—. Sus mentalidades son parecidas a las nuestras. Allí en la Estación Radial nos agobia el problema de la supervivencia.

—¿Hay alguna epidemia? — inquirió Zelonius.

—No. Simplemente que estamos en constante peligro de ser atraídos por el astro que nos mantiene en el espacio.

—Esto sería de fácil solución. El problema de la estabilidad en el espacio ha dejado de existir para nosotros. Pero... ¿dónde está esa Estación Radial? No teníamos noticia de ella.

—Es una planta artificial. No es un planeta... o lo que ustedes llaman una comunidad.

—Ya le comprendo. Pero ¿de qué Galaxia proviene?

—No lo sé. Somos descendientes del planeta Tierra.

Zelonius cambió una mirada con sus colegas.

El que habló mentalmente replicando a Zeno fue Guardo, el jefe de la Comunidad.

—No conocemos ese planeta.

—Era insignificante — sonrió Zeno.

—Seguramente — admitió Guardo. Pero vayamos a lo que nos interesa más en el caso de su presencia entre nosotros... ¿Qué pretendían los expedicionarios con este viaje?

—Buscar un lugar seguro, y la comunicación entre otros seres. En son de paz.

Nuevamente los tres hombres cambiaron pensamientos entre sí sin que ni Binda ni Zeno pudieran captarlos.

Zeldonius tomó la palabra nuevamente, para decir:

—Bueno... Su organismo es similar al nuestro, parecen buenas personas y estamos dispuestos a confiar en ustedes.

— Gracias — murmuró Zeno.

— Seguramente querrán regresar con los suyos. Uno de nuestros «memorizadores» 5 les conducirá a su destino, si le indican ustedes su lugar exacto de procedencia.

Dicho esto, en una de las paredes apareció reflejado una especie de mapa.

—¿Cómo consiguen esas apariciones? — preguntó Zeno maravillado.

— Rayos ultrasónicos.

— ¿Mentalmente? — preguntó Binda.

—Transmitimos a nuestro mentalizador y proyecta, dondequiera que nos encontremos, la imagen que precisamos.

— ¡Esto es fabuloso! — exclamó Binda.

Y en aquella especie de mapas estelares pudieron ver infinidad de planetas y satélites esparcidos en la inmensidad de una zona totalmente desconocida del cosmos.

Zeno y Binda cambiaron una mirada de impotencia.

—Es inútil, profesor — murmuró el reportero—. Es posible que nuestra Estación no figure aquí.

Zeldonius mentalizó algo con Priko que se levantó y avanzó hacia los dos hombres.

Con el dedo señaló distintos lugares mientras les transmitía.

—Esto es Transvil. Una comunidad de enanos. Esto otro es Carpo. Una epidemia de rayos destruyó todo vestigio de vida. Vean a Zolys y Galvano sostuvieron una terrible batalla y hoy han vuelto a los tiempos primitivos...

Luego indicó un planeta más próximo.

—Vergel. Son nuestros vecinos más próximos. Nos llevamos bien. — Por último señaló otro puntito en aquel monumental mapa planetario. — Sharko, hombres metálicos. Son un peligro para todo el cosmos. Estamos preparados contra ellos si alguna vez se deciden a presentarnos lucha.

—No... No conocíamos ninguno de estos lugares, profesor Priko.

El aludido se reunió con los demás. Tras otra muda deliberación, Guardo resolvió:

—Si nuestro «memorizador» indica que no existe peligro, dispondremos su viaje para dentro de dos *compases*. Entretanto, podrán reponerse ustedes y circular libremente por nuestra comunidad.

# CAPITULO VII

Entre otras maravillas (al menos para ellos lo eran) Zeno y Binda descubrieron que los edificios de Juno estaban construidos de forma inversa a los de la Estación Radial.

Los distintos pisos empezaban desde un primer subterráneo alcanzando profundidad en vez de altura.

Unas diez plantas venían a ser el término medio de las edificaciones.

Una gran sala interior repleta de gente les llamó la atención.

«Recreo público», advirtió telepáticamente Zeno.

— ¿Por qué no saldrán a la superficie? — inquirió Binda.

— Porque todo es desierto. Pero... ¡aguarda!

Sus ojos se habían fijado en alguien.

— Es Zobra.

— Tú siempre piensas en lo mismo — sonrió Binda.

— Hay que confraternizar, amigo — replicó jovial Zeno.

La muchacha estaba paseando en solitario. Su actitud parecía seriamente meditabunda.

— ¡Zobra!

Ella sin volverse replicó con la mente.

— Estaba pensando en usted. Sabía que vendría.

— Ustedes tienen la facultad de preveerlo todo.

— No es una facultad. Utilizamos el sentido de la percepción. ¿No lo utilizan en su *Comunidad*?

—Pues sí... Sabemos que podemos comunicarnos, pero estamos más fuertes en la recepción que en la transmisión.

— ¡Oh! Es una pena.

— Tal vez. Pero dígame. ¿Ustedes nunca hablan?

—Algunas veces, pero no nos es necesario.

— Me gustaría oír su voz Zobra.

— No me entendería. Su lenguaje es distinto del nuestro.

— Entonces... ¿Cómo es que puedo comprenderla a usted... y a todos?

—Es lógico. Yo le comunico y capto ideas, no lenguaje. ¿Comprende?

— Sí. Me parece que sí.

—El significado de las cosas tendrá expresiones distintas, pero la esencia es la misma. Nosotros llamamos a los objetos por nombre distinto, pero el objeto es el mismo...

—Es maravilloso. Pero hable aunque no la entienda.

Ella siempre con la misma actitud inexpresiva, enigmática, y con su rostro magistralmente bello musitó:

—Zeno Galbo, *barada ión*.

— Sí. Tiene una voz muy bella. ¿Qué me ha dicho?

Ella por un momento dejó translucir un brillo desusado en sus ojos. Luego *mentalizó*:

—He dicho que usted está enamorado de mí.

—¡Vaya! Con usted es imposible mantener un secreto. Aunque no me importa que lo haya descubierto. Esto facilita las cosas.

—Sin embargo, no es amor lo que siente... Curiosidad. Soy algo nuevo para usted.

—Me gusta. Y esto es un buen principio.

—¿Usted cree?

—Zobra... ¿No podemos ir a algún otro sitio? Todo esto está muy bien... Pero es tan uniforme... ¿No salen nunca a la superficie? Aunque sea un desierto.

—No es un desierto.

—Me gustaría verlo.

—Veré si hay peligro.

Pareció concentrarse e inmediatamente replicó:

—Parece que no. Venga conmigo.

—¿Cada uno de ustedes tiene un «memorizador» particular?

—No. El centro está situado en la *sala Grande* y todos podemos consultarle, mientras no nos movamos de la Comunidad Subterránea. Sus respuestas nos llegan con la misma frecuencia que las de las personas.

—Bueno, aprovechemos el tiempo y salgamos fuera. Creo que me sentiré más en mi ambiente.

Caminaron hasta un punto luminoso, en el que Zeno, sin ser de la comunidad, pudo percibir sin necesidad de que nadie le hablase:

«Salida».

Una puerta que como todas no tenía ranuras se abrió descorriéndose hacia un lado y ambos pasaron a una plataforma que les elevó hasta la superficie.

Zeno miró en derredor. Estaban justo a la orilla del mar.

Un mar tranquilo de aguas quietas, cristalinas.

—Y ¿teniendo esa maravilla prefieren quedarse ahí abajo? — murmuró Zeno admirando la belleza del paisaje.

—¡Oh no! Algunos jóvenes salen a pasear en los momentos libres de trabajo, pero otros prefieren quedarse en las zonas de recreo. Es más cómodo.

—Pero no tan bonito. Vámonos a la orilla. Nosotros en la estación Radial no tenemos mar, ni ríos ni nada...

—¿Cómo consiguen el agua?

—Existe un sistema para la solidificación de gases que al enfriarse se convierten en líquidos. Luego se depuran.

—Curioso...

Se sentaron en la orilla. Él la miraba profundamente intentando descubrir qué se escondía tras aquella figura, indudablemente superior en inteligencia pero mujer al fin, igual que las que él conocía, sólo que más hermosa.

Sin embargo...

—Parece usted triste — murmuró.

—Mi padre murió hace poco.

—¡Oh!

—Aquí la vida es larga. El profesor Zeldonius del cual soy una de sus ayudantes ha perfeccionado los sistemas de regeneración. Nuestro organismo puede conservarse siempre joven.

—Cada vez que me transmite algo es para maravillarme... Sin embargo, si tan adelantados están cómo pudo suceder qué...

—Mi padre — trasmitió ella — murió a causa de ese peligro que nos amenaza.

—Creí que no estaba enterada.

—Yo sí. El profesor me tiene gran confianza... Por otra parte no podían ocultármelo.

—Entonces... ¿Él vio a esos gigantes?

—Sí.

—¿Y cómo...?

Antes de terminar la pregunta Zobra le replicó con el pensamiento:

—Le aplastaron. Son crueles.

—¿Y su «memorizador»? ¿Qué dice al respecto?

—Parece que vienen de un lugar desconocido. Y nos buscan... Por eso últimamente se ha hecho peligroso el salir.

— ¿Tiene miedo?

—Ahora no. — Le miró unos instantes para corregir: — Con usted no.

—¡Vamos! Me gusta recorrer todo esto. Vegetación, árboles y ese aroma perfumado.

—Son flores. De ellas se extraen muchos productos para la ciencia médica. Pero espere.

Pareció concentrarse.

—¿Ocurre algo?

—No. Son los observadores. Están por ahí—. Y señaló un montículo próximo.

La variedad paisajística era singular.

A escasa distancia del mar se extendía la vegetación propia de la zona montañosa.

Luego aquella cadena de pequeños montículos de un verde brillante, exultante de vida.

Llegaron junto a dos hombres que tenían como misión vigilar. Llevaba uno de ellos en la mano una especie de maletín.

—Es un «memorizador» portátil — explicó ella—. Detecta el peligro.

—¿Han captado algo? — inquirió Zeno.

No, pero vayan con cuidado. Esos monstruos tienen una envergadura tan enorme que entre paso y paso de los suyos hay cien de los nuestros.

—Lo sé — replicó Zeno —. Los vimos en el desierto.

De repente el cerebro de Zeno percibió el peligro que emanaba del «memorizador».

—¡Cuidado, se acercan!

— Corramos, Zobra — exclamó él.

El «memorizador» transmitía a la central, y los dos hombres corrieron junto con la pareja para evitar el peligro.

Zeno podía percibir el sonido de los pasos que producía un ligero temblor sobre el suelo.

Cuando llegaron a la entrada —a una de las entradas—de la *Comunidad* subterránea, Zeno se quedó el último.

—¿No baja? — le preguntó ella telepáticamente.

— No. Quiero verles.

—No se arriesgue, Zeno. Le destruirán.

—Ya procuraré que eso no ocurra. Pero no se puede combatir a un enemigo sin conocerle.

Los otros tiraron de Zobra para obligarla a bajar. La muchacha se volvió por última vez hacia Zeno.

Sus ojos tomaron una extraña expresión por primera vez.

Zeno captó su mensaje:

—Cuídese.

La plataforma descendió mientras la mole que la cubría tapó el hueco.

Zeno quedó solo, mientras aquellos pasos que hacían trepitar el suelo parecían acercarse.

Buscó la protección de una roca y esperó.

## CAPÍTULO VIII

—¿Dónde está mi amigo? — preguntó Binda al ver a Zobra en la zona de recreo subterránea.

Ella le transmitió que se había quedado arriba.

—¿Por dónde se sale? Tengo que ir.

—Ahora es imposible. No le permitirán salir.

—Tengo que ver al profesor Zeldonius — exclamó Binda.

Corrió desesperadamente hacia el centro Científico. Era curioso que, sin conocer el lugar, recibiera orientación telepáticamente.

Llegó a la zona y casi se dio de bruces con el profesor que salía de uno de los edificios.

—Debe permitir que me sean abiertas las puertas, profesor. Zeno está solo.

—No debió quedarse — reprochó Zeldonius.

—Trata de ayudarles. Estoy seguro.

—Vaya... Pero procure que su expresión no alarme a la gente. En seguida comprenderían que algo ocurre. Desgraciadamente presienten el peligro aunque no saben de lo que se trata.

—Déme una orden para que los guardianes me franqueen la puerta.

—No hace falta. La transmitiré yo.

Binda trató de aparentar serenidad absoluta, pero notó que las personas con las que se cruzaba le miraban con curiosidad.

Temió que pudieran leerle el pensamiento y sonrió silbando una tonadilla.

Al llegar al punto de salida la puerta se abrió y la plataforma lo elevó hasta la superficie.

Cuando se encontró fuera llamó:

—¡Zeno!

Avanzó unos pasos. No había nadie.

Un ruido le hizo volver la cabeza. Se volvió sobresaltado.

La roca que taponaba la salida se había retirado y Zobra aparecía.

—¿Dónde va usted?

—Yo también tengo curiosidad— replicó ella *mentalizando*.

—Es peligroso...

—¿Dónde está Zeno?

—Es lo que estoy buscando.

Los dos avanzaron por entre las rocas.

—¡Zeno! — gritó a pleno pulmón su compañero.

No obtuvo ninguna respuesta.

La joven parecía concentrada. Binda supuso que trataba de comunicarse con él utilizando ese sentido ultrasensorial que sin necesidad de la voz le permitía comunicarse en la distancia.

—¿Sabe dónde está? — inquirió Binda.

Ella negó con la cabeza con un movimiento clásico.

—Debería oírme.

—Esto no me gusta. Puede haberle ocurrido algo.

—Le buscaremos — replicó ella con decisión.

Corrieron por la superficie que bordeaba las colinas.

De pronto ella se detuvo. Binda no se había dado cuenta.

—¿Qué...? — empezó.

Zobra le indicó un punto.

Los ojos de Binda se agrandaron.

Una huella gigantesca estaba a escasos pasos. Una huella profunda como de la que él y Zeno habían salido cuando despertaron en aquel grandioso desierto.

Los dos jóvenes se miraron.

—No — comunicó ella—. No está muerto. Percibo su respirar...

—¿Dónde?

—No lo sé.

—Trate de averiguarlo, Zobra. Tenemos que encontrarle.

—¡Ya está! Sí... Venga conmigo.

Ella corrió delante. Era ágil, sus piernas se movían raudas. Binda apenas podía seguirla.

Se perdió entre unos setos.

Binda tras suyo la vio detenerse.

—¡Oh! — exclamó.

Ella estaba inclinada sobre una roca. Debajo había alguien.

¡Zeno!

Sí. Zeno estaba allí. La piedra aprisionaba sus piernas.

—No puedo moverme. Ayudadme... Usted no debería estar aquí, Zobra... Los gigantes...

—Lo sé — transmitió ella—. Hemos visto una de sus huellas.

—¿Estás bien, Zeno? — preguntó Binda.

—Sí... Hay un hueco bajo mis pies. La piedra afortunadamente sólo me ha rozado, pero no puedo salir.

—¿Les has visto? — preguntó su amigo.

—No. Debían estar muy cerca. Corrí hacia aquí, pero con una de sus pisadas hicieron resbalar esa roca del montículo. Me eché al suelo para evitarla y... aquí me quedé. Creo que perdí el sentido.

—Sí—murmuró ella con el pensamiento. Te llamaba y no me oías. Luego oí tus quejas.

—Voy a buscar ayuda — dijo Binda.

—¡Llévatela! — pidió Zeno.

—¡No!—protestó ella—. Yo también quiero «verlos». Son los asesinos de mi padre.

Binda dudaba.

—Zobra. Si vuelven, no podré defenderle rogo Zeno.

Fue inútil la férrea voluntad de la mujer parecía anular la de Binda que salió corriendo en busca de ayuda.

Pasaron los momentos y Binda no regresaba.

Zobra se mantenía al lado del joven que hacia inauditos esfuerzos para mover aquella piedra que aprisionaba sus piernas.

—Busca un palo que sea lo suficientemente resistente. Intentaremos apalancaría.

Ella asintió y desapareció unos momentos entre la vegetación.

De pronto la tierra volvió a temblar ligeramente.

—¡Los gigantes! — exclamó Zeno—. ¡Zobra! ¡Zobra!

La muchacha llegó corriendo. Llevaba un pesado palo a rastras.

—Escóndete, échate al suelo.

Zobra obedeció mientras los pasos resonaban más cerca. Zeno dificultado por la posición intentaba introducir el recio palo entre un pequeño hueco para apalancar la piedra.

Los pasos sonaban más cerca.

—Están ahí — percibió el pensamiento de Zobra.

—Si pudiera mover esto... — exclamó él.

Había conseguido introducir el palo y forcejeaba con él, pero desde su posición le resultaba sumamente difícil conseguir el objetivo.

Por unos instantes, los gigantes debieron dejar de andar porque el suelo dejó de acusar su peso.

Zeno seguía luchando. Con sus poderosos brazos intentaba echar hacia abajo la improvisada palanca.

La roca consiguió moverse lo suficiente para que el pudiera retirar ligeramente los pies del hueco.

—Un poco más y...

De nuevo los pasos. Y Binda no llegaba.

—¡Quieta Zobra, quieta! Si descubren tu presencia...

—No piensen en mí. Yo puedo correr. Te ayudaré.

Derrochó fuerza para ayudarle y la piedra se movió otra vez.

Rápidamente Zeno echó hacia arriba su cuerpo.

— Déjame. Ahora podré solo. Sé que con un poco más bastará.

Un nuevo paso de aquel misterioso — o misteriosos — ser hizo tambalear las piedras de un montículo

—¡Cuidado! — exclamó él —. ¡Las piedras!

Un auténtico alud bajaba hacia ellos.

Zobra se echó materialmente sobre Zeno y ambos permanecieron abrazados.

Las piedras saltaron sobre ellos sin rozarlos.

Una de aquellas moles empujó la roca que aprisionaba a Zeno y éste con extraordinaria agilidad salió del agujero.

Abrazado a la muchacha rodaron ambos entrelazados esquivando el alud.

Al fin todo volvió a la calma.

Se miraron entre sí. El contacto había avivado sus mutuos sentimientos. Quizá por aquel fugaz instante olvidaron a los gigantes.

Luego, cuando volvieron a la realidad y otearon el horizonte azulado, más claro que una *noche de Luna* sólo pudieron ver una sombra lejana.

Era un gigante que se alejaba perdiéndose en el horizonte.

Un ser descomunal imposible de describir en la lejanía.

Cuando Binda llegó con unos cuantos guardianes para liberar a Zeno, éste del brazo de la muchacha regresaba ya.

Uno de ellos exclamó, señalando la orilla del mar:

—Miren esto.

Corrieron hacia el lugar indicado.

Una huella profunda en dirección hacia el mar marcaba el lugar donde había pisado el gigante.

—Figúrense lo alto que debe de ser que puede cruzar el mar sin sumergirse — *mentalizó* uno de los guardianes.

—¡Es increíble!—exclamó Binda.

—¡Volvamos! — transmitió uno de los guardianes. Zeno y Zobra quedaron rezagados.

Él observaba la huella de aquel pie gigantesco. Luego, sus ojos tropezaron en algo que llamó su atención.

Era un objeto metálico largo.

—¿Qué es? — preguntó Zobra observándolo también.

—No lo sé. Sin embargo... — quedó pensativo.

En silencio se dirigió hacia el extremo del objeto.

—Debe pertenecer a uno de esos gigantes—telepatizó ella.

— Es lo que estaba pensando...

—Dime de veras lo que crees —pidió ella.

Zeno miró el objeto desde el final.

—Es un recipiente. Mira.

En efecto. Se trataba de una especie de tubo con una sola entrada. Ambos podían pasar perfectamente por él.

—Huele a algo extraño — murmuró ella.

—Sí... Y ese olor...

— ¡Zeno!

La mental exclamación de la muchacha era un requerimiento a la verdad.

—No me preguntes, Zobra. No tengo respuesta para ello.

Sin embargo la mente de Zeno intentaba recordar donde había percibido antes aquel olor.

En cuanto al recipiente era demasiado largo, descomunalmente largo y ancha su circunferencia para haberle visto antes.

Sin embargo

## CAPITULO IX

Con perforadoras de gran poder, varios hombres aserraron un pedazo de aquel recipiente, mientras una vagoneta autodirigida esperaba para transportar el trozo directamente al laboratorio.

Binda observaba la operación; junto a él, Zeno permanecía silencioso.

—Pronto saldremos de dudas — dijo el ayudante del profesor Arcano.

—Sí. Tienen medios rápidos para averiguar la procedencia del metal y la sustancia que ha dejado en su interior ese olor.

—A mí también me es familiar. Pero es demasiado fuerte... de otro modo.

—De otro modo — concluyó Zeno — ¿qué pensarías?

—Que se trata de una vitamina conocida... Recuerdo que el profesor Arcano, cuando descubrió el complejo vitamínico «m», dijo que una elevada dosis podía modificar el organismo... Sé que hizo una prueba.

—¿Y qué pasó? — preguntó Zeno.

—Lo probó con un bicho de esos que usa para la investigación. Al cargar la dosis aumentó algo de tamaño y se volvió feroz.

—Esto significaría que la fórmula del profesor pueden haberla encontrado habitantes de otros planetas...

—¿Y se han convertido en gigantes?

Zeno se encogió de hombros.

—No se me ocurre nada más.

—Esperemos a que Zeldonius haga los análisis — replicó Binda.

* * *

—¿Gigantes? — preguntó el profesor Arcano.

—Gigantes o seres descomunales... — replico el inspector Tarbes.

—Pero éste es un planeta pequeño. Su superficie no es superior a los dos mil kilómetros. Hemos recorrido toda la superficie y no hemos visto ningún gigante.

Estaban cerca del «Correo Espacial» hacia el cual señaló el inspector

Tarbes.

—Bueno... Yo he visto el oscilómetro destinado a los objetos no inidentificados. Usted entiende mejor que yo, pero revelaba luz negra.

—Vamos a verlo — murmuró el profesor.

Los soldados-policías estaban descansando sobre el césped de una llanura exhuberante y olorosa.

Dos centinelas montaban guardia en torno al ingenio volante.

El profesor conectó una de las palancas del computador y esperó unos instantes.

El «ojo» destinado a detectar la presencia de objetos no inidentificados permanecía sin encenderse.

—¿Está seguro de haber visto luz negra?—preguntó Arcano.

—Completamente, profesor. No crea qué hayan sido visiones.

—Ahora no indica nada. Sin embargo, sigue funcionando la luz blanca. — Se rascó la nuca y murmuró: — Creo que tendré que echar una ojeada al mecanismo... Me fastidiaría bastante que se hubiese estropeado.

Iba a dar media vuelta para descender a la parte destinada al complejo mecanismo del computador cuando Tarbes espetó:

—¡Ahora, profesor! Vuelve a funcionar.

Y en efecto, el «Ojo» oscilaba intermitentemente con luz negra.

Arcano observó en silencio hasta que el «Ojo» dejó nuevamente de funcionar.

—¿No son gigantes? — inquirió el policía.

—Son, desde luego, objetos gigantescos, sin especificar de qué clase. Pero... tal vez no se refieran a este planeta. Debe de existir algún otro lugar relativamente cerca.

—¿Y lo señala el oscilómetro?

—Naturalmente. No olvide que detecta la presencia de vida con la luz roja a mucha mayor distancia.

Y Arcano se sentó en su pupitre de trabajo y desplego un mapa del espacio.

—Veamos. Según mis cálculos nosotros estamos aquí. —Y señaló con el índice un punto blanco del mapa: —Esto es «Paraíso» a menos que ya tenga otro nombre lo cual ignoramos.

El policía indicó otro punto.

—Lo más cerca es éste.

—Sí. Quizá ahí radique la explicación de todo. Los dos planetas están relativamente cerca.

—Sólo llevamos quince descansos aquí... Tenemos provisiones y reservas. Si cree conveniente ir a echar un vistazo.

—¡Gigantes!—murmuró para sí Arcano. Luego concluyó:

—Bien. Avise a sus hombres. Intentaremos llegar a ese otro planeta.

Poco después el «Correo Espacial» cerraba la compuerta, las patas que lo sostenían y la escalerilla se escondían en las escotillas que inmediatamente se cerraban herméticamente y el ingenio se elevaba rumbo a otro mundo desconocido.

## CAPITULO X

El laboratorio del profesor Zeldonius, a simple vista, era de lo más elemental.

Sin complicaciones, sin extraños aparatos. Un tablero con botones facilitaba la labor.

Unos recipientes donde se vertían los objetos a identificar y una pizarra magnética donde aparecían los signos con los resultados exactos.

Y allí, en aquella pizarra, estaba el resultado de los análisis del trozo de recipiente metálico aserrado y de la sustancia encontrada en su interior.

Zeno, junto con Binda, esperaba el veredicto de Zeldonius que encarándose a los dos hombres telepatizó:

—Metal desconocido. Su composición parece de un sistema extinguido. Poco resistente y prácticamente nulo para su aplicación con fines científicos. No es por tanto materia ofensiva.

— ¿Y la sustancia? — inquirió Zeno.

—Procede, en efecto, de un complejo vitamínico Creo que algo tenemos en nuestra *Comunidad*. Pero aparte de ser inocuo no tiene ningún fin curativo. No sirve ni para un simple enfriamiento.

—Pero... es evidente que pertenecía a uno de esos gigantes — dijo Binda.

—Señores... Lo que para unas naturalezas carece de valor para otras puede resultar eficaz. Pero me resisto a creer que ningún ser del tamaño de semejantes monstruos pueda nutrirse de una sustancia parecida.

—Entonces ¿para qué lo llevaría? — pregunto Binda.

—Antiguamente nosotros usábamos algo parecido. Lo extraíamos de algunas plantas y mediante los correspondientes procedimientos se usaba en medicina... Les hablo de muchos «sidéreos».[6]

El profesor hizo una pausa para telepatizar seguidamente:

—Nuestros antepasados usaban grandes recipientes en la antigua *comunidad*. Un desprendimiento causó graves desperfectos y tuvieron que trasladarse, dejando allí todos los instrumentos de su trabajo. Se me ocurre pensar que uno de esos gigantes pudo haber encontrado el recipiente y dada su corpulencia cogerlo como curiosidad para examinarlo y luego tirarlo.

A Zeno la explicación se le antojó plausible.

—Sí. Cabe dentro de lo posible — admitió Binda a su vez.

—De cualquier modo, lo más intrigante es la clase de metal —siguió Zeldonius—. Parece de una vulgar cizalla, pese a su espesor.

Tras un corto silencio mental apareció Priko.

—*Klatu, omnia* — pronunció.

Zeldonius tradujo:

—Lo siento. No sabía que estaba ocupado.

Ambos hombres cambiaron impresiones incomprensibles para Binda y Zeno, más inmediatamente el profesor Zeldonius les informó:

—Mi colega me indica que están a punto de prueba las nuevas armas. Si quieren estar presentes en la demostración quedan invitados.

Tanto Binda como Zeno asintieron, aceptando el presenciar la prueba.

* * *

Salieron a la superficie.

Con la ayuda de un «memorizador» y otro aparato en forma tubular, como si fuera una pistola de grueso cañón, llegaron al lugar indicado.

Poniendo en contacto el memorizador con el aparato, éste lanzó un rayo.

Tanto Binda como Zeno comprobaron que se trataba del mismo sendero iluminado que les había llevado del desierto hasta lo que ellos llamaban *Comunidad*.

Priko, Guardo, Zeldonius y otros dos técnicos, junto con Binda y Zeno se colocaron en la superficie del rayo e inmediatamente fueron proyectados a gran distancia.

Entonces, Zeno comprobó que se hallaban nuevamente en el desierto.

Allí esperaban otros dos hombres al lado de dos moles pétreas monumentales.

Era otra zona del desierto. Montañosa, la arena era escasa y en su lugar existían enormes pedruscos.

En verdad era un sitio que daba escalofríos.

Desierto, perdido, parecía el último de un mundo abandonado.

—¿Preparados? — inquino Priko.

Guardo, el jefe de la comunidad, al lado de Zeldonius permanecía a la

expectativa.

Los dos hombres que permanecían al pie de las moles avanzaron llevando consigo una lente que colocaron por medio de clips taponando unos pequeños tubos que cabían perfectamente dentro de una mano

—Extrañas armas — murmuró Zeno a Binda.

Zeldonius sonrió captando las palabras de Zeno.

—La pequeñez no indica impotencia. Esperemos los resultados.

Aparentemente, los dos hombres encargados de manejar aquellos diminutos artefactos apenas se movieron.

Un potente chorro luminoso salió reflejado de las lentes.

Duró un instante, deslumbrando a todos.

Cuando sus ojos se habituaron a la luz ambiente, todos pudieron ver como las moles habían desaparecido.

—¡Formidable! — exclamó Guardo.

Zeno cambió una mirada con Binda.

—Y pensar que en nuestra Estación Radial creemos estar en primera línea en cuestión de armamentos.

Zeldonius explicó telepáticamente a los dos amigos.

— De esas moles se extrae el material que empleamos para construir nuestras residencias. No existe en nuestra *Comunidad* nada más resistente.

— Desde luego, no es como para ponerse delante de uno de esos juguetitos.

—Lo malo— replicó Zeldonius — es que cualquier mole de estas es inferior en tamaño a cualquiera de los monstruos que han dejado impresas sus huellas en nuestro suelo. Ignoramos de qué materia están hechos. Son seres, pero... ¿Conocemos acaso si su constitución, su epidermis, es más resistente que el metal? Esa es la duda. Sin embargo, tardaremos mucho tiempo en poder descubrir un arma superior.

—Lo que no comprendo es cómo la accionan para que produzca ese chorro demoledor — adujo Binda.

—Como todo, amigos. El computador da la orden a una indicación de quien la maneja. Es un sistema infalible y es perfectamente imposible fallar el blanco

—¡Atención profesor! — indicó Priko — Algo está sucediendo.

—¿Qué dice el computador?

—No puedo captar sus señales.

—Eso es extraño — comentó Guardo.

Se hizo un silencio que resaltaba la soledad del lugar. Todos los presentes estaban concentrados en la transmisión del pequeño computador.

—Es inaudito. Nunca había sucedido nada semejante— espetó Guardo.

—Debemos regresar. Algo está sucediendo

—Prepara el rayo —ordenó Guardo.

—No funciona, señor — explicó unos de los encargados.

Todos los ojos se volvieron hacia el computador.

—No capta nuestro mensaje — adujo Guardo.

Se empleó la voz y por primera vez pudieron escuchar el sonido cavernoso de las extrañas palabras que pronunció Priko ordenando verbalmente algo al computador.

Por unos instantes el rayo funcionó de manera débil para apagarse inmediatamente.

—Una fuerza magnética, desconocida, lo atrae —dijo con el pensamiento Zeldonius.

Priko repitió aquellas extrañas palabras y de nuevo chisporroteó el rayo.

—¡Esperen! — espetó Guardo.

—Sí—asintió Zeldonius—. Ahora capto algo confuso.

—¡Se trata de un ataque en masa!—fue ahora Guardo el que mentalizó.

—Déme el transmisor — ordenó Guardo a uno de los hombres.

Un aparato portátil semejante a una trompeta fue utilizado por el jefe de la comunidad para dar unas instrucciones verbales.

Zeldonius explicó a Zeno:

—Nuestra única posibilidad es pedir ayuda al gran memorizador.

Zeno asintió.

Inmediatamente el pequeño computador pareció recibir órdenes de la «central automática».

—Es curioso — observó Binda—. Parece como si éste fuera un hijo del otro que le obedeciera fielmente.

El rayo brilló en toda su magnitud.

—Debemos darnos prisa — exclamó Zeldonius.

El rayo les proyectó hacia la comunidad.

Nadie sabía exactamente qué clase de peligro les esperaba allí.

## CAPITULO XI

Desde su «Correo Espacial» el profesor Arcano trataba inútilmente de controlar los mandos.

—Algo está sucediendo en alguna parte. El «Correo» parece haberse vuelto loco.

La vibración en el interior del ingenio volante era tremenda. Los hombres del inspector jefe Tarbes tuvieron que sujetarse los cinturones para evitar ser lanzados contra las paredes.

También el propio Arcano maniobraba sentado ante el pupitre de mandos con el cuerpo sujeto a la butaca. A su lado, Tarbes preguntó:

—¿Algún campo electromagnético?

—Desconocido totalmente. Estamos protegidos por un neutrón... Ésa es una fuerza desconocida.

—¿Y el computador?

—Ya lo he intentado. No obedece.

Y Arcano contemplaba el indicador de velocidades.

—Estamos detenidos. La fuerte conmoción nos embate de un lado a otro.

Pruebe de dar el máximo de presión al combustible.

—Lo estamos perdiendo con la vibración.

—Entonces, tendremos que utilizar los *caballos del espacio.*

—Es posible salir al exterior...

—Con el calzado espacial...— insinuó el inspector.

—Yo no arriesgaría la vida de ningún hombre.

—¿Cuánto tiempo cree que puede durar esto?

—¡Si lo supiera!

El inspector se desprendió de las ligaduras. Su cuerpo fue impelido contra una de las paredes, pero consiguió levantarse y sujetarse a otra butaca.

—Hay que utilizar los *caballos*. Necesito dos voluntarios. Es una misión sumamente peligrosa...

—Estamos aquí para eso, señor — dijo uno de los hombres.

—No se muevan. Intentaré hacerme con los zapatos especiales.

El profesor advirtió:

—Voy a desconectarlo todo por completo. Quizá consigamos algo positivo.

Accionó los mandos y el aparato salió impelido a una velocidad fuera de todo control. Con ello había cesado la vibración.

—Dése prisa — advirtió el profesor nuevamente—. Nos estamos apartando de nuestra ruta y, si no la recuperamos, corremos el riesgo de perdemos para siempre en el cosmos.

* * *

Los «caballos» espaciales tenían forma tubular con una bola que sobresalía de la que surgían dos asas.

Autopropulsada, podía ser conducida por un hombre que provisto de una escafandra y unido al «Correo» por una cuerda magnética tiraba del ingenio guiándolo exteriormente.

Dos hombres se hallaban ya dispuestos sobre los «caballos», y Tarbes lo indicó al profesor.

— Cuando quiera.

El profesor accionó la palanca de freno El «Correo» quedó flotando como «anclado» en el espacio.

—Las vibraciones han cedido —dijo—, pero nos hemos apartado miles de kilómetros de nuestra ruta. Tal vez falle el combustible.

—Señale el rumbo, los «caballos» tirarán del correo.

—Rumbo señalado — indicó Arcano.

Los soldados-policías accionaron la palanca de la auto-propulsión y el «Correo» arrastrado por los «caballos metálicos» volvió a funcionar.

Era el único modo de no gastar combustible, si bien la marcha era infinitamente más lenta.

Poco después, el inspector preguntaba:

—¿No ha podido averiguar la procedencia de esas vibraciones?

—No. Pero me atrevería a asegurar que tiene relación con las señales negras que vimos en «Paraíso»

—¿Gigantes? — inquirió el policía.

—O seres no identificados, monstruosos...—murmuró pensativamente el profesor.

* * *

En la comunidad de Juno el pánico había cundido entre sus habitantes.

No. No eran los gigantes quienes atacaban.

Rayos magnéticos surgidos de unas manos metálicas carbonizaban la vegetación.

Un enorme boquete en el suelo dejaba al descubierto la Comunidad subterránea, mientras un gigantesco monstruo metálico avanzaba con paso lento pero seguro.

—Son los Robots de Sharko — exclamo Zeldonius.

Un fluido magnético había cortado el rayo impidiéndoles la entrada al subterráneo.

Sólo disponían, como único armamento, de las dos muestras que poco antes habían utilizado para demoler y desintegrar las moles montañosas. Pero aquellas armas no podían funcionar sin la colaboración del computador.

—Prueben de transmitir las órdenes al Gran Memorizador — insinuó Zeno.

—Se ha paralizado — explicó Zeldonius.

Guardo pedía explicaciones a Priko.

—Usted lo tenía todo resuelto. ¿No es verdad?

—Sí, señor, pero nada sabíamos del poder magnético... Podíamos combatirles con nuestras armas corrientes, y aun hubiera sido posible de haber estado en la Comunidad, porque las habríamos usado manualmente. Pero ahora es imposible transmitir las órdenes.

—Es necesario llegar hasta el depósito — dijo Guardo.

Zeno y Binda podían «detectar» cuanto se decía por la mediación de Zeldonius.

El robot que avanzaba se plantó junto al boquete.

—¡Va a entrar! — exclamó Binda.

—Debe de existir algún medio para impedirlo — atajó Zeno.

—No puede acercarse nadie, le volatizaría.

—¡Un momento, profesor Zeldonius! — exclamó Zeno —. Esos extraños

robots sólo tiene su poder en la fuerza, pero carecen de inteligencia.

—No le entiendo.

—Es fácil. No han advertido su presencia. Si poseyeran el don de captar nuestras voces o nuestros pensamientos, no importaría que estuviéramos escondidos: sabrían que estamos aquí.

—En eso tiene razón — telepatizó Zeldonius.

— Voy a acercarme... Con cuidado, no me «verán».

Zelonius pareció vacilar.

Pero Zeno estaba decidido y Binda añadió:

—Voy contigo.

—¡No! Quédate aquí. Si me ocurre algo podrás reemplazarme.

—Oiga, Zeno — atajó Zeldonius—. Si consigue llegar hasta el gran Memorizador, existe un sistema para desmagnetizarlo. Se lo explicaré brevemente; ponga mucha atención...

* * *

—Nos acercamos nuevamente a la zona de vibración—advirtió el profesor Arcano.

—¿Cree que los «caballos» aguantarán?— inquirió el inspector Tarbes.

—Sólo lo sabremos cuando entremos de lleno en el campo.

Los pilotos o jinetes de los ingenios portadores del «Correo» aferrados a las asas seguían conduciendo la nave.

Unas ligeras vibraciones indicaron la entrada en el Campo, pero pudieron seguir el ritmo de la marcha.

Arcano dio una explicación técnica del fenómeno.

—Desprovisto de todo control, el «Correo» pierde todo contacto magnético y actúa como muralla protectora de los caballos que, aunque perciban las vibraciones al ser dirigidos por los jinetes, están desprovistos totalmente de fuerza magnética. Es decir, no ejercen resistencia sobre los campos de energía opuesta.

Quizá Tarbes no comprendió demasiado bien las explicaciones del científico pero tampoco era su misión comprender lo relacionado con el vuelo en sí.

Para él le bastaba saber que la marcha, aunque a mayor lentitud, podía

seguir.

El profesor fijó su atención en una de las pantallas del computador.

Unas rayas y extraños signos informaban de otra anormalidad.

—No sé...—murmuró—. Pero diría que en algún lugar se está sosteniendo una batalla encarnizada.

* * *

No era una batalla.

Seguía siendo el ataque de un pequeño ejército contra ninguna defensa posible.

Los robots seguían destruyendo y convirtiendo en cenizas la vegetación y la materia.

Zeno, escuchadas las explicaciones del profesor Zelonius, se disponía a partir hacia la entrada del subterráneo.

Su misión era harto peligrosa, pero sólo llegando hasta allí y cumpliendo las instrucciones del profesor sería posible repeler aquel ataque que jamás ojos humanos pudieran presenciar.

Con aquel sentido suprarracional que inculcaba en su mente el profesor Zelonius, Zeno se arrastraba por el suelo en dirección a la entrada.

El Robot seguía dirigiendo sus garras de metal hacia el interior expeliendo aquellos extraños rayos inflamables.

De abajo surgía una humareda indicativa de que el metal se estaba derritiendo produciendo un olor acre, desconocido para Zeno.

Siguió rastreando hasta llegar a las proximidades del robot.

«Cuidado».

«Despacio».

Eran palabras que resonaban transmitidas a su mente.

Él, sin embargo, obraba de acuerdo con su propia inteligencia.

Estaba cerca del extraño y gigantesco artefacto móvil, que aun a pesar de su monumental envergadura, no era ni con mucho la que se atribuía a los otros monstruos no identificados, eso es, a los gigantes.

De pronto, sus ojos se fijaron en el metal de aquel ser. Unas enormes púas sobresalían de su plancha.

La inclinación de la cabeza desprovista de ojos permitía ver un agujero

iluminado.

«El cerebro», pensó Zeno.

Se fijó también en los hombros. De ambos sobresalía una especie de antena.

Recordó momentáneamente los robots corrientes que, para fines científicos, fueron creados por el profesor Arcano.

Sus pensamientos fueron captados por Zeldonius, que los transmitió a Binda.

Binda asintió.

—Sí. Nuestros robots pierden todo control sin la antena.

Zeldonius agregó:

—Creo que su amigo está intrigado por la luz cerebral.

—Los nuestros no tenían nada parecido. El mecanismo era autocontrolado. La antena percibía las órdenes y de esta manera actuaban. El sistema era parecido a los computadores, pero su funcionamiento era destinado para los desplazamientos.

Zeldonius reflexionó unos momentos. Luego transmitió.

—Las antenas sirven para captar las órdenes, pero el cerebro está en el agujero de la corteza.

Zeno sonrió. Acababa de ocurrírsele una idea.

Sin embargo, en aquel instante el robot se volvió y dirigió sus manazas hacia él.

¡Zeno estaba perdido!

## CAPÍTULO XII

El chorro de fuego buscó el cuerpo de Zeno, pero este logró escurrirse por detrás del robot.

La lentitud de sus movimientos y el escaso desplazamiento de sus brazos permitió a Zeno colocarse a su espalda.

Utilizando las púas a modo de escalera, trepó por la pared del monstruo, mientras éste intentaba dirigirle sus garras que no podía mover hacia atrás.

Zeno seguía ascendiendo y se hallaba ya a la altura de la cintura.

Un inesperado peligro surgió entonces.

Una de las antenas cayó hacia abajo, actuando a modo de martillo.

Zeno pudo esquivar el golpe que hubiese recibido por la bola metálica que remataba cada una de las antenas.

Su única ventaja era que el robot golpeaba a ciegas, dando bandazos que Zeno esquivaba metido entre las púas.

Las fuertes bolas macizas pegaban fuerte, pero no podían pasar a través de las púas y esto liberaba al joven de morir aplastado por los golpes.

En los intervalos, proseguía la ascensión.

Binda, desde su escondrijo, junto a los demás, murmuró:

—No lo conseguirá... Es demasiado arriesgado.

—Sé lo que se propone y es, en efecto, el único medio de inutilizar al robot.

—No lo comprendo.

—Es un procedimiento antiquísimo. ¿Cómo se produce un cortocircuito?

—Oh, pues, muy fácil; produciendo un contacto entre los dos polos opuestos. —Y seguidamente exclamó: — ¡Claro!

Zeldonius sonrió.

—Se mueven electrónicamente. Es indudable que les rige un «cerebro» por control remoto, pero ellos actúan por un sistema elemental. Si su amigo introduce un objeto que produzca contacto, el robot quedara automáticamente inmovilizado.

—¡El cinturón metálico!—exclamó Binda—. Llevamos un cinturón metálico.

— Será suficiente...

— ...Si llega — concluyó apesadumbrado Binda.

Zeno había reducido la rapidez inicial de su ascensión. Tenía que parapetarse entre las púas a cada vez que las flexibles antenas descargaban a bulto sus terribles golpetazos.

El sudor resbalaba por la frente del joven, cuando le faltaba ya poco para llegar a los hombros.

Concentrando todas sus fuerzas subió los últimos tramos.

Las antenas desde donde se encontraban ya eran completamente inofensivas porque no podían doblarse tanto como para alcanzarle:

Ya sólo le faltaba trepar por la cabeza.

En esa parte las púas estaban más espaciadas y Zeno tuvo que tomar un impulso y tratar de alcanzar el primer saliente donde asirse.

No lo consiguió.

Sus dedos rozaron la púa, pero cayó de nuevo sobre el hombro derecho del robot y sus pies resbalaron.

Se sujetó con fuerza y miró la superficie. ¿Qué era lo que le había hecho resbalar?

Entonces, vio una sustancia viscosa que emergía de los invisibles poros del monstruo metálico.

Un óleo pastoso le impedía fijar sus pies.

— En su autodefensa — explicó Zeldonius, captando el pensamiento de Zeno que intentaba sostenerse.

El joven se asió a una de las púas del cuello para pasar al hombro opuesto.

El óleo no segregaba en la parte izquierda del robot. Saltó hacia arriba y pensó:

—Tengo que alcanzar la cabeza antes de que surja la grasa nuevamente.

Concentró otra vez todas sus fuerzas.

Su agilidad y el tremendo esfuerzo le permitieron sujetarse al saliente donde quedó balanceándose como un acróbata.

Tomo nuevo impulso para pasar a la púa superior

Por unos instantes, su cuerpo quedó volando en el aire, pero sus manos alcanzaron el objetivo.

¡Ya estaba en la corteza superior!

Desató su cinturón.

Las antenas movibles se agitaron buscando el cuerpo indefenso de Zeno que tenía que actuar sin protección de ninguna clase.

Asiéndose, sin embargo, al borde con una sola mano utilizó la otra para introducir en el interior del cerebro el cinturón.

Una de las antenas venía hacia él. Era totalmente imposible evitar el golpe.

Sin embargo...

La antena quedó paralizada, recobrando su posición normal.

Del interior de la corteza, surgió una explosión seguida de una humareda.

—¡Lo ha conseguido! — exclamó Binda.

— ¡Vamos!—telepatizó Zeldonius.

Pero, entonces, los otros robots, hasta un número de doce, como presos de una furia terrible por la inmovilización de su compañero, emprendieron la marcha vomitando una auténtica cortina de fuego.

Era totalmente imposible avanzar.

## CAPÍTULO XIII

Zeno, próximo a la abertura, se dejó caer hacia abajo.

Su cuerpo con gran elasticidad se enderezó así que sus pies se posaron en el primero de los pisos de la Comunidad.

En todas partes, se notaban las huellas devastadoras del fuego enemigo.

Las paredes metalizadas presentaban gruesos boquetes que dejaban al descubierto la corteza del planeta.

No había nadie en los pasillos.

Las gentes encerradas en sus departamentos no se atrevían a salir horrorizadas por cuanto estaba sucediendo.

Vagonetas autodirigidas con personal sanitario circulaban por la gran plaza, transportando heridos.

Zeno preguntó a uno de los sanitarios que sacaba a un hombre con graves quemaduras:

—¿Y Zobra?

—Está trabajando. Esto es un desastre. Han sido perforadas bastantes planchas y el centro quirúrgico está lleno. Necesitamos al profesor Zeldonius.

— No puede venir la entrada está bloqueada por esos malditos robots.

—El Gran memorizador está averiado. Los guardianes no pueden salir. Estamos bloqueados.

—Présteme una vagoneta. El profesor me ha dado instrucciones para arreglar el memorizador, liberizándolo de toda acción magnética.

— ¿Cree que lo conseguirá?

—Por lo menos, lo intentaré.

El sanitario hizo sitio a Zeno para conducirlo a la gran plaza subterránea.

La explicación del porque los técnicos no podían hacer lo mismo era obvia. Con las puertas accionadas por el memorizador, habían quedado encerrados en sus departamentos y allí estaban aprisionados, razón que explicaba porque los habitantes de los pisos altos habían sido los más afectados por las quemaduras, ya que les era imposible descender hasta las últimas plantas donde el fuego no había llegado todavía.

El fuego de los robots, por otra parte obraba como barrera magnética para

que Zeldonius pudiera transmitir orden alguna a los pocos que la lucha les atrapó fuera de sus departamentos y que se habían refugiado en las dependencias quirúrgicas.

Cuando el sanitario dejó a Zeno en la Central memorizadora, explicó.

—Antes de que se estropeara, abrimos las puertas. Esto nos ha permitido poder auxiliar a los heridos; de lo contrario habríamos quedado igualmente encerrados.

Zeno se encontró con una dificultad.

La puerta de entrada a la «Central» estaba cerrada, y como al igual que las otras accionaba autocontrolada por el memorizador, resultaba imposible pasar al interior.

—¡Una cuerda! Necesito una cuerda.

Buscó al primer sanitario.

—¡Es imposible! El almacén de material de urgencia está cerrado.

—¿Cómo sacan a los heridos? — preguntó Zeno.

—Con escaleras.

—Pues una escalera...

—No llega hasta lo alto.

— No importa; facilíteme toda la ropa de las camas. Haré una liana.

En pocos momentos, fueron transmitidas las órdenes.

Zeno dispuso de una escalera metálica que llegaba únicamente hasta la mitad del «techo» de la central.

La propia Zobra llegó con la ropa.

Subió la escalera para entregarla a Zeno.

—¿Estás bien? — preguntó.

Captada la pregunta, Zeno contestó con una sonrisa.

—Ya ves que sí. ¿Y tú?

—Trabajando más que nunca... a mucha de esa gente no podremos salvarla. Las quemaduras son terribles. Tendríamos que efectuar intervenciones para regenerar sus organismos, pero hay trabajos que sólo puede y sabe realizar el profesor Zeldonius.

Tengo que arreglar ese memorizador cueste lo que cueste.

Gritos espantosos, terribles, resonaban por el ámbito metálico.

Los robots, atacando en masa desde la superficie provocaban nuevos

boquetes y su fuego destruía a los habitantes de los departamentos altos.

—Ayúdame a hacer las lianas, Zobra —pidió Zeno.

La muchacha, con gran habilidad, retorcía aquellas ropas sintéticas, sedosas, mientras Zeno las ataba entre sí para formar una improvista cuerda que pretendía pasar a través de la punta que remataba la torreta de la Central en cuyo interior el «Gran memorizador» permanecía insensible.

Poco después, cuando creyó tener suficiente longitud, Zeno practicó un nudo corredizo y lanzó la liana.

Al primer intento, pasó por el saliente y Zeno tiró fuerte para asegurarla.

El nudo corredizo la dejó sujeta y, entonces, el joven con gran agilidad trepó por la resbaladiza tela que dificultaba su ascensión; empero, consiguió llegar hasta lo alto.

Una pequeña abertura le facilitaba la entrada.

Tiró de la liana y la utilizó para descender deslizándose por ella como un consumado acróbata.

¡Estaba por fin en el interior de la Central!

Nunca había visto un computador de aquella magnitud.

Tres pisos ocupaban los departamentos del memorizador, con varias hileras de conexiones.

Zeno pensaba en las instrucciones recibidas.

«En el piso intermedio, segunda línea, desconectar las clavijas impares».

Ésa era la primera operación.

«Dejar por lo menos una clavija».

Había más de cien y la desconexión no era tan fácil.

«Si las desconectaba todas, dejará la Comunidad a oscuras».

«Buscar los contactos azules. No desconecte los rojos, porque paralizaría la zona de autocontrol del memorizador».

Comenzó a desenroscar.

«Azules». «Azules»...

Cuando todo estuviera listo sería preciso desconectar la palanca del último piso. Luego colocar de nuevo las clavijas azules.

No podía ser desconectada la palanca porque actuaba como módulo neutro y se produciría un cortocircuito.

Zeno sudaba copiosamente.

Pero su angustia por la prisa habría sido mayor de haber visto lo que estaba sucediendo en el exterior.

* * *

Los robots habían transportado gruesas piedras, que echaban por uno de los boquetes formando una escalera irregular.

Y, mientras unos seguían interponiendo una cortina de fuego, los otros ya empezaban el descenso hacia el subterráneo.

Sus garras vomitaban fuego contra las planchas de los departamentos bajos, abriendo boquetes y caldeando el ambiente desprovisto ya de todo acondicionamiento de aire.

El calor era asfixiante.

Un grito ahogado llegó hasta Zeno que dejó un momento sus manipulaciones para mirar a través del visor, que manipulado sin mecanismos permitía ver lo que ocurría en los distintos lugares.

«¡Los robots!», exclamó para sí.

Sí. Entonces, comprendió que la salvación de la comunidad dependía única y exclusivamente de él; de su habilidad en arreglar el memorizador, y hasta de su rapidez.

Procuro serenarse, pero, como humano, los nervios entorpecían sus movimientos.

Se autosugestionó.

«Debes conseguirlo. Esa gente te salvó la vida. Éste es como si fuera ya tu propio planeta.

Pensó en Zobra...

Nunca había sentido tanto interés por una mujer como el que despertó en su corazón la bella enfermera.

No. Ella no era una aventura más... Era la mujer de su vida.

«Siete... Me faltan siete azules impares... ¡No! Seis... No puedo dejar a oscuras la Comunidad. En los quirófanos, necesitan luz.

Y los robots avanzaban.

Los gritos aumentaban.

Por los boquetes abiertos por aquellos chorros de fuego huía la gente despavorida.

¿Conseguiría Zeno su objetivo?

## CAPÍTULO XIV

Los robots estaban ya en la zona quirúrgica.

Uno de ellos desechó el fuego para golpear con sus manazas el cráneo de uno de los sanitarios, que cayó fulminado.

Zobra estaba cerca y huyó despavorida.

Zeno había conseguido desconectar la última clavija.

La muchacha corría hasta el final de un pasadizo sin salida.

El control del memorizador estaba todavía inactivo y no podía accionar la puerta.

El monstruo metálico avanzaba hacia ella. No necesitaba del fuego para aniquilarla.

Pronto estaría allí; le bastaría un golpe.

Aquéllos entes sin corazón, guiados por un «jefe» que sólo buscaba la destrucción, dentro de su incapacidad de raciocinio, parecían disfrutar con su obra demoledora.

Y el monstruo ya estaba cerca, muy cerca de la muchacha.

Sus lentas y pesadas manazas se elevaban hacia lo alto.

Zeno corría la clavija central superior.

Ella, despavorida, se acurrucaba, mientras el robot con los brazos en alto se preparaba para asestar el golpe definitivo.

Zeno desconectó la palanca y procedió a la operación siguiente que consistía en conectar nuevamente las clavijas azules. No tenía tiempo material para evitar cuanto menos el golpe mortal que el monstruo iba a asestar contra Zobra.

Perdió unos segundos para observar a través del «visor».

Buscaba desesperadamente a la muchacha.

Entonces vio el peligro que ella corría.

¡Sólo había un medio para salvarla!

Corrió al último control impar.

Desconectó la clavija. Inmediatamente produjo el apagón. Toda la Comunidad había quedado a oscuras.

Zobra, en el suelo, amparada por la oscuridad pudo evitar el terrible golpe que el robot descargó a ciegas.

Furioso, el artefacto utilizó sus garras para perforar la pared con el fuego.

Esto facilitó la huida a Zobra, que jadeante corrió a través del pasillo.

El robot avanzó guiado por su propio fuego.

Zobra aprovechó otro boquete para huir de la línea de fuego.

Mientras, Zeno manipulaba de nuevo en las clavijas azules para completar la operación.

Los gritos se sucedían.

La luz había vuelto y cobraba mayor intensidad a medida de que las clavijas volvían a ser colocadas.

Zobra estaba nuevamente en peligro, como si aquel robot estuviera allí únicamente para acabar con ella.

¿Acaso sin poder pensar tenía la extraña facultad de elegir a sus víctimas o todo era puro azar?

¡La última clavija!

¡Listo!

Un sonido parecido al de un motor a propulsión surgió de algún lugar.

Zeno no sabía a qué era debido. No lo supo hasta que vio abrirse la puerta de salida de la Central.

Todas las puertas se abrían al unísono liberando a sus moradores.

Los guardianes salían armados.

¡Recibían órdenes concretas del memorizador!

Sus armas —largos y ligeros cañones — vomitaban un fuego parecido al de los monstruos y éstos, alcanzados, caían víctimas con su metal perforado.

Zeno corrió hacia el departamento donde Zobra estaba prácticamente aprisionada.

¡Sabía cómo entretener al inhumano enemigo!

—¡Zeno! —gritó ella al verle.

Y él se lanzó por la espalda trepando como lo había hecho la vez anterior.

El robot empleó el mismo sistema de autodefensa utilizando las antenas. Esta operación apartó su interés por Zobra, quien pudo escapar.

Era lo único que Zeno deseaba.



Salieron juntos cuando otro robot les interceptaba el paso.

—¡Por aquí, no!

—No hay otra salida — telepatizó la muchacha

A su espalda avanzaba el otro robot.

Estaban atrapados entre dos enemigos.

Sin embargo, uno de los guardianes atacaba al que tenían ante de sí. El fuego demoledor paralizaba aquel cuerpo metálico.

—¡Deme su arma! — gritó Zeno al guardián, mientras se echaba al suelo.

Soltó el arma y Zeno corrió hacia delante para posesionarse de ella, mientras Zobra permanecía pegada al suelo y el robot intentaba dirigir su garra hacia ella.

Zeno, en cuclillas, disparó aquel tubo extraño del que salió el fuego dirigido contra el monstruo.

Zeno avanzó accionando la palanca y rociando al gigantesco ser que lentamente se iba descomponiendo.

Nunca había sentido un odio tan feroz contra nadie. Sentía ansias de terminar aquella lucha infrahumana.

El monstruo quedó reducido a la inutilidad.

Zobra al borde del desmayo por la tensión sufrida se echó en brazos de Zeno.

—Tranquilízate... Esto ya se acaba.

—Zeno... Zeno — transmitía su mente.

Y aquellas palabras sonaban en el cerebro del joven como un estímulo.

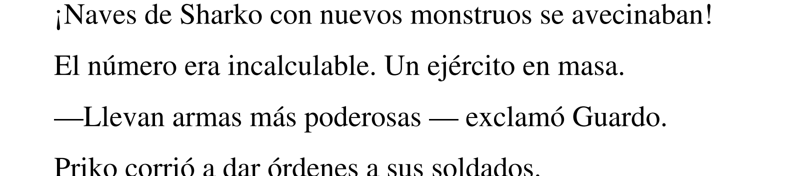
* * *

Fuera, y mientras el profesor Zeldonius y sus colegas avanzaban para entrar en el subterráneo, los demás robots eran aniquilados con las nuevas armas que ahora si podían funcionar libremente.

Mucho más poderosas que las antiguas, derritieron por completo a los monstruos metálicos.

La lucha parecía haber terminado.

Sin embargo, la transmisión general del cerebro previno de dos nuevos peligros.



¡Naves de Sharko con nuevos monstruos se avecinaban!

El número era incalculable. Un ejército en masa.

—Llevan armas más poderosas — exclamó Guardo.

Priko corrió a dar órdenes a sus soldados.

— ¡Utilizad las armas modernas!

El cerebro transmitió una nueva y descorazonadora noticia.

— ¡Gigantes!

Zobra abrazada aún sobre el pecho de Zeno, murmuró:

—Robots y Gigantes... Esto es el fin de la Comunidad. El fin de Juno.

Zeldonius, preparado para operar, miró a la pareja unos instantes.

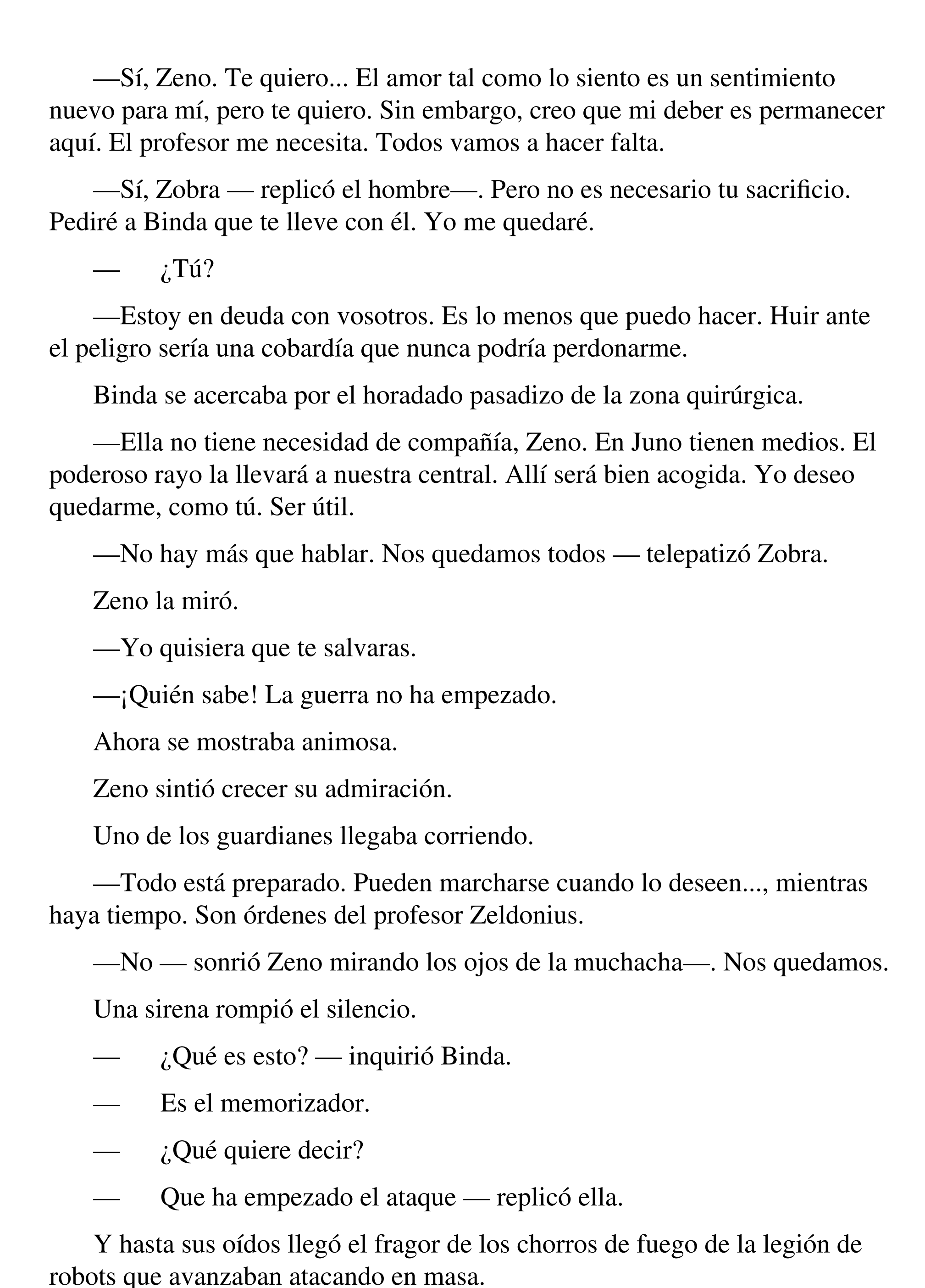
—Zeno... Usted no es de aquí. No tiene porqué defendernos. Ahora que es tiempo regrese a su Estación Radial. — Tras una pausa añadió —; Llévesela.

Zobra miró al profesor agrandando sus bellos ojos.

—Sí, Zobra — le transmitió Zeldonius—. Has sido siempre una leal colaboradora. Y ahora has encontrado el amor en un extranjero. Idos los dos... Multiplicaos. Éste puede ser el principio de la convivencia intercósmica, el ejemplo a seguir entre seres de mundos distintos.

La muchacha quedó pensativa, y buscó con sus ojos los de Zeno. El también parecía meditar la cuestión.

El memorizador seguía indicando la inminencia de los dos peligros conjuntos.



## CAPÍTULO XV

—Sí, Zeno. Te quiero... El amor tal como lo siento es un sentimiento nuevo para mí, pero te quiero. Sin embargo, creo que mi deber es permanecer aquí. El profesor me necesita. Todos vamos a hacer falta.

—Sí, Zobra — replicó el hombre—. Pero no es necesario tu sacrificio. Pediré a Binda que te lleve con él. Yo me quedaré.

— ¿Tú?

—Estoy en deuda con vosotros. Es lo menos que puedo hacer. Huir ante el peligro sería una cobardía que nunca podría perdonarme.

Binda se acercaba por el horadado pasadizo de la zona quirúrgica.

—Ella no tiene necesidad de compañía, Zeno. En Juno tienen medios. El poderoso rayo la llevará a nuestra central. Allí será bien acogida. Yo deseo quedarme, como tú. Ser útil.

—No hay más que hablar. Nos quedamos todos — telepatizó Zobra.

Zeno la miró.

—Yo quisiera que te salvaras.

—¡Quién sabe! La guerra no ha empezado.

Ahora se mostraba animosa.

Zeno sintió crecer su admiración.

Uno de los guardianes llegaba corriendo.

—Todo está preparado. Pueden marcharse cuando lo deseen..., mientras haya tiempo. Son órdenes del profesor Zeldonius.

—No — sonrió Zeno mirando los ojos de la muchacha—. Nos quedamos.

Una sirena rompió el silencio.

— ¿Qué es esto? — inquirió Binda.

— Es el memorizador.

— ¿Qué quiere decir?

— Que ha empezado el ataque — replicó ella.

Y hasta sus oídos llegó el fragor de los chorros de fuego de la legión de robots que avanzaban atacando en masa.

Pero entonces sucedió algo imprevisto...

* * *

Uno de los guardianes exteriores captó un mensaje y lo pasó inmediatamente a la Comunidad a través del Gran Memorizador.

— Es increíble. Los gigantes atacan a los Robots.

El ejército de Juno en masa salió a la superficie; también la gente que había salido ilesa del primer ataque quería ser testigo de la singular lucha.

Zeno subió, con Binda.

El guardián que había transmitido la orden aclaró:

—La lucha se desarrolla bastante lejos de aquí, pero debe de ser terrible.

Binda murmuró:

—Dos fuerzas extrahumanas luchan para disputarse el botín. ¿No te parece?

Zeno asintió.

—Los vencedores se enfrentarán a nosotros. Somos su botín.

»Éste es un buen planeta. Me gusta. No merece ser destruido por la codicia.

Zeno se volvió hacia el guardián.

—Prepare un rayo. Quiero trasladarme al campo de batalla.

—Usted no sabe lo que se dice — telepatizó el guardián.

—Como reportero e informador oficial que era de la Estación Radial, soy muy curioso.

— Pero es una locura...

Zeno atajó:

—Vamos. Observando se aprende. Quiero ver cómo luchan los dos bandos. El vencedor será nuestro inmediato enemigo.

— Iré contigo — anunció Binda.

El rayo fue preparado, mientras técnicos especializados con asombrosa rapidez procedían a reponer las planchas perforadas por otras nuevas.

Una batería de guardianes montaba guardia previniendo el ataque.

Binda murmuró:

—Fíjate en su sistema de trabajo. En pocos momentos, todo volverá a parecer nuevo.

— Si al menos esto les sirviera para sobrevivir.

— Cuando quieran — anunció el guardián.

El Rayo estaba dispuesto.

Poco después eran proyectados hacia una zona próxima al campo de batalla.

¡Por fin verían a los gigantes!

* * *

Aquellos robots les parecieron de más recia construcción. Además de sus manos, disponían de una especie de cañón que surgía de su pecho metálico y también arrojaba fuego demoledor.

—¿Dónde están los gigantes? — inquirió Binda mirando a Zeno—. Sólo veo a los robots.

Entonces, y de detrás de una colina, surgió una figura gigantesca. No era posible ver su rostro protegido por una mascarilla.

Pero en seguida hizo notar su poder.

Disparaba con dos armas y sus impactos certeros perforaban las gruesas láminas de los monstruos de acero.

En medio de aquella lucha titánica, Binda extrajo una especie de catalejo.

—¿De dónde lo has sacado? — preguntó Zeno.

—Me lo dio uno de los guardianes. Ellos ya no se sirven de esas cosas, el Gran Memorizador les reproduce todo cuanto se halla en la distancia y desean ver.

—Si el profesor Arcano viera todo esto, no dudaría en reconocer que en nuestra Estación Radial estamos todavía en pañales.

Binda miró a través del catalejo.

—Es formidable. Igual que un primer plano de cualquiera de nuestras cámaras de penetración Ultrasensibles

— Binda. ¿Sabes qué pienso? Si salimos con bien de esto, volveremos... Estoy seguro de que tanto Zeldonius como los demás jefes permitirán que nuestra gente comparta su *Comunidad*.

Binda permanecía silencioso observando.

Zeno continuó:

—Vivimos atrasados, como siempre vivieron nuestros antepasados terrícolas. Al fin hemos descubierto un mundo nuevo y debemos luchar por él.

Binda no contestó a las palabras de su amigo. Le ofreció el catalejo y musitó.

— Mira, Zeno... Mira esto fijamente.

— ¿Qué ocurre?

— No lo sé... Pero....

Binda había palidecido, como si de inmediato un terror le hubiese paralizado.

— Pero...

— ¡Mira, Zeno! ¡Mira!

Y Zeno se llevó el catalejo a los ojos.

—¡Lo que me figuraba! Son cientos de veces superiores a nosotros en envergadura.

Binda seguía callado.

—Bueno... La fuerza nunca ha podido con la inteligencia. Zeldonius es inteligente. En Juno gozan de todos los adelantos... Aunque esos gigantones venzan en la lucha, si se deciden a atacarnos, les venceremos... Estoy seguro.

—Pero ¿les ves bien? — inquirió Binda.

—Sí... Llevan caretas protectoras.

— Hay uno que no la lleva.

—No le veo.

Un silencio. Zeno miraba atentamente. Al cabo de un momento murmuró:

—Diría que su forma es parecida a la nuestra ¡Espera!

De repente centro su atención en un punto determinado. Sus ojos a través del cristal de aumento miraban atentos.

—¿Lo has visto ya? —inquirió Binda lentamente—. ¿Has visto ese rostro?

Zeno asintió.

— ¿Y no piensas lo mismo que yo estoy pensando?

Zeno dejó de mirar. En su expresión se dibujaba algo impreciso, como si lo que acababa de ver fuera algo más que un gigante fuera algo espantoso, increíble... Espeluznante.

## CAPÍTULO XVI

El profesor Zeldonius terminó su última intervención con la ayuda de Zobra.

Su técnica operatoria, provista de amplios conocimientos, se veía ostensiblemente ayudaba por el instrumental electrónico.

Zobra preguntó:

—¿Alguna orden, profesor?

—Descanse. Sé que está pendiente de Zeno...

—¿Por qué quiso ir?

—Su intención es buena. De dónde procede es difícil creer en el estado avanzado de nuestra técnica. Él fía en la percepción directa de lo que ve. Nosotros podemos obtener los datos de esa lucha a través del «Memorizador». Para Zeno son sus propios ojos. Nosotros no necesitamos de ellos para ver lo que sucede en la distancia.

Inmediatamente ejerciendo el sentido telepático hizo reproducir en la pared la imagen de la lucha.

—¡Los robots! — exclamó la joven.

—Y ahora veremos a los gigantes — replicó el profesor.

Cambió la imagen enfocando las altas cumbres por los que aparecían los rostros cubiertos por la mascarilla de aquellos seres cuyo tamaño producía escalofríos.

Los ojos de la muchacha se agrandaron.

—Sí. Sé lo que piensas. Nuestra avanzada técnica quizá sea insuficiente para vencer a un enemigo de esa envergadura.

—Profesor... Si cree que toda lucha es inútil... ¿por qué no evacuamos la *Comunidad*? Zeno nos conducirá a su Estación.

—Es pronto para tomar una decisión así. Abandonar sin lucha es renunciar a todo lo que hemos creado.

—Pero una guerra puede significar el fin de nuestra existencia. ¿De qué servirá resistir si todos perecemos? Y bien sabe que no pienso en mí.

—Sí, Zobra, lo sé. Pero sé también que la inteligencia vence a la fuerza. Y dudo que esos gigantes... sean muy inteligentes.

—Fíjese en el armamento que usan.

La muchacha puso su atención en la pantalla.

Las gigantescas pistolas que perforaban los cuerpos metálicos de sus enemigos se le antojaban armas anticuadas.

Sin embargo, ella estaba poco al corriente de los artefactos de guerra.

—Esos artefactos... Hace cientos de «sidéreos» que dejamos de utilizarlos. Se necesitan muchos disparos para hacer mella a un enemigo de la talla de esos robots. Nuestras armas son mucho más eficaces y seguras.

—Pero ya vio lo que ocurrió en el primer ataque.

—Por que no lo esperábamos... e ignorábamos la influencia electromagnética de nuestros enemigos.

Ahora ya los conocemos y sabemos a ciencia cierta que los robots nunca podrán con nosotros. En cuanto a los gigantes... está por ver. Confía en mí.

— Siempre lo hice profesor Zeldonius.

— Ande, vaya a descansar.

—Antes... quisiera ver a Zeno.

Su deseo fue captado de inmediato por el gran Memorizador que en seguida cambió la escena.

Por la pantalla desfilaron los lejanos senderos.

— ¡No está, doctor!

—Paciencia. Ya aparecerá.

—Tengo miedo.

—Calma, Zobra...

En la pantalla apareció la imagen de Zeno; caminaba junto a Binda. Las expresiones de ambos distaban mucho de ser las habituales.

—Creo que les ocurre algo.

— Sí — admitió Zeldonius.

— ¿Qué es?

—No puedo captar sus pensamientos.

La imagen se borró. El *Memorizador* «entendió» de que ni el profesor ni la muchacha deseaban ver más.

* * *

La lucha había concluido.

Los robots derrotados mostraban sus cuerpos metálicos perforados por pequeños agujeros que iban agrandándose paulatinamente.

Binda se inclinó para examinar uno de aquellos cuerpos.

—¿Te has fijado, Zeno? — murmuró.

—Sí, amigo. Las armas son idénticas a las ideadas por el profesor Arcano. Ácido Corrosivo.

—¡Vámonos, vamos de aquí, Zeno! Ahora es cuando quiero regresar a la Estación Radial.

—¿De qué crees que serviría?

—Quiero hablar con el profesor Arcano.

—No te precipites. Si es lo que tú y yo nos figuramos, Zeldonius nos sacará de dudas.

—Confías mucho en la inteligencia de Zeldonius. ¿Verdad?

— Sí.

—Ojalá no tengas una decepción — respondió misteriosamente Binda.

El solo deseo expresado en forma de pensamiento bastó para que el rayo les abriera el camino de regreso.

Binda y Zeno proyectados por aquel sistema se encontraron a la misma entrada de la Comunidad.

Poco después, ambos se hallaban en la sala de actos en presencia del profesor Zeldonius.

Fue Zeno el primero en hablar, después de que el profesor telepatizara:

—¿Y bien? Sepamos que es lo que tanto les preocupa.

—Profesor — dijo Zeno —, ¿existe algún preparado capaz de acrecentar el tamaño de las personas?

—¡Oh! Es posible... Pero temo que en nuestro caso no daría resultado...

—¿Por qué? — preguntó Zeno.

—Posiblemente morirían muchos en el intento. No olviden que todo excesivo crecimiento es debido a la reproducción dimensionada de las células.

Zeno asintió.

—Nuestra configuración posee un reducido número de células.

—¡Oh, no! — exclamó Zeno —. Son millones. Y esto está comprobado.

—Está en un grave error, Zeno.

—No, profesor...

Binda sacó a relucir sus conocimientos científicos, tal vez inferiores a los de Zeldonius pero no por ello menos convincentes.

—Estuvimos bajo sus cuidados cuando nos recogieron en el desierto —dijo—. Usted examinó nuestros cuerpos. ¿Puede asegurar que sean idénticos a los suyos?

— En lo esencial, sí. Pero ¿dónde quiere ir a parar?

— Haga una prueba conmigo, profesor Zeldonius.

— ¿Qué prueba?

—Aumente mi tamaño. Consiga hacerme igual a uno de esos gigantes. Usted puede hacerlo.

—¡Esto es absurdo!—replicó Zeldonius—. Si lo que pretende es parecerse a ellos es sencillamente absurdo. Tiene el tamaño normal. Podrá vivir cientos de Sidéreos, su organismo continuará siempre joven. Un gigante tiene la vida relativamente corta, pero si lo que siente es temor...

—No, profesor — atajó Zeno—. Mi amigo no tiene temor.

—Entonces, explíquense con claridad. No alcanzo a comprender lo que pretenden...

Ni Binda ni Zeno pudieron continuar, porque el profesor concentrado en una voz interna anunció:

—El memorizador os advierte del avance de los gigantes. Señores, éste es el momento decisivo de la vida de nuestra Comunidad.

El profesor Guardo entró en la sala.

—Sí, estimado colega — dijo Zeldonius dirigiéndose al recién llegado—. He captado la noticia. Y voy a poner en práctica la astucia.

—Los hombres están preparados de todos modos.

—De acuerdo. Lo siento, amigos—adujo Zeldonius dirigiéndose a Binda y a Zeno—. Si fracaso, tendré que pedirles protección y asilo en su estación Radial.

Fue Binda el que contesto:

—Creo que jamás podremos regresar a nuestra Estación... Ahora, estoy seguro.

Y Zeno quedó mirándole.

## CAPÍTULO XVII

El profesor Arcano consultó un plano, mientras tornaba asiento en una roca.

A su lado Tarbes le observó unos instantes.

—¿Ha encontrado algo nuevo?

—Sí, Tarbes, y muy importante.

—¿Algún otro peligro?

—Supongo que no, pero... Nos hallamos en el mismo planeta que antes...

—¿No le entiendo?

—Sí. Esto es «Paraíso».

—Pero nosotros nos dirigimos a...

—No importa. Llámele equivocación, o una mayor atracción de este planeta pero la cuestión es que volvemos a estar en el mismo lugar. Y está habitado. De eso ya no puede cabernos la menor duda.

El policía iba a replicar, cuando Arcano indicó silencio llevándose el dedo índice a los labios.

—¿Qué ocurre?

—¿No está captando el mensaje?

El inspector asintió.

—Sí. Es igual que la otra vez.

Arcano sonrió. En voz alta, tradujo el mensaje:

—«Huyan de aquí antes de que sea demasiado tarde. Huyan, estamos preparados para el ataque... Somos gente de paz, pero, si nos provocan, lucharemos...

—¡Contésteles que den la cara! — espeto Tarbes —. Ya estoy harto de fantasmas y fantoches.

—Creo que esto va a ser muy difícil.

—Bueno... ¿Seguimos? — inquirió el policía.

—No, no. De momento dé un descanso a sus hombres. Que beban si tienen sed. He analizado el agua. Es perfecta. Pronto disfrutaremos de ella.

—Entonces ¿está decidido a trasladar a nuestro pueblo aquí?

—Más que nunca, mi querido inspector — sonrió Arcano—. Éste será nuestro nuevo planeta «Paraíso». Con un Paraíso comenzó el planeta Tierra, según las antiguas escrituras.

—Cierto — exclamó asombrado el inspector como si de repente acudieran a la memoria los antiguos textos —reimpresiones de vetustos libros que pudieron ser salvados cuando la destrucción del planeta tierra —. Y las tribus — recitó — se pelearon entre sí.

—Exacto, inspector. Los libros enseñan mucho.

Tarbes dio permiso a sus hombres para que bebieran agua de aquella charca transparente y cristalina que estaba a escasos pasos de ellos.

—Inspector. Comunique con la Estación. Que lo dispongan todo para abandonarla. Les esperamos en el nuevo Planeta. Ésta es la tierra de promisión.

—Sí, profesor. Tiene usted razón. — Y Tarbes como pocas veces lo había hecho.

Uno de los soldados exclamó:

— ¡Ay!

—¿Qué le pasa? —preguntó Tarbes cesando en su risa.

—¡Oh nada, señor! Me ha picado un insecto...

—Quién...— dijo el profesor—. No hay planeta perfecto, seguramente estará lleno de insectos. ¡Cómo me gustaría tener a mi ayudante Binda! Le gustaría esto... Fue una pena que muriera en ese maldito desierto. Ese será nuestro fruto prohibido. Nadie debe adentrarse en el desierto sin las debidas precauciones.

Y nuevamente el profesor Arcano tuvo un recuerdo para Binda.

— Sí. Fue una lástima.

* * *

—Fue una lástima — murmuró Binda.

—Ahora ya no hay remedio.

—Nunca debimos separamos. ¡Nunca! — exclamó Binda recordando el primer contacto con el planeta.

Zeno tras un silencio, y mientras seguían esperando en la sala de juntas,

comentó:

—¿Estás completamente seguro de que es el mismo planeta?

—Sí, Zeno. Siempre me pareció imposible que pudiéramos ser impulsados a otro lugar. La explicación es bien sencilla... Nunca lo he visto tan claro como ahora.

Apareció Zobra, acompañada del profesor Zeldonius.

El eminente sabio traía el rostro descompuesto.

—Es inútil... — telepatizó.

Binda, sin preguntar el motivo de su comentario inquirió:

—Dígame una cosa, profesor Zeldonius. ¿Qué medio pretende emplear para asustar a los gigantes? ¿Cuál es su astucia, su arma secreta?

—Se lo voy a contar con todo detalle. Tal vez les parezca ridículo, pero se trata de un medio elemental. Nuestra inteligencia superior puede ponerlo en práctica confiando siempre en el temor del enemigo.

— Hable — exclamó Zeno.

—Cuando los gigantes pisaron por primera vez nuestra Comunidad, se me ocurrió una idea y dio resultado.

* * *

Como en el antiguo sistema de las proyecciones televisadas en diferido, la pantalla reflejó en la pared la idea del profesor que reunido con sus colegas estaba diciéndoles:

— Antes de usar la violencia, probemos otro sistema.

El conciliábulo dio como resultado el que la idea de Zeldonios fuera llevada a la práctica.

El profesor transmitió las instrucciones al «Gran memoriador».

Desde su sede, el «Memorizador» transmitió a los «portátiles» las órdenes y éstos lanzaron sus ondas herzianas al éter.

«Huid de aquí, invasores. Somos gentes de paz, pero, si no regresáis a vuestro planeta, os atacaremos. Os estamos observando, aunque no podáis vernos...»

* * *

La imagen desapareció de la Pantalla y Zeldonius añadió:

—Tuvimos suerte. Los gigantes invasores tomaron su nave espacial y se marcharon. Entonces sólo eran dos pero ahora ha venido todo un ejército y no nos temen.

—¿Dice que eran dos? — preguntó Binda.

—Sí...

—¡Zeno! Es la prueba definitiva.

—¿De qué están hablado? —preguntó Zeldonius ante la expectación de Zobra.

—¿No lo comprendes? Esos gigantes... son nuestros compatriotas... ¡Nuestros compatriotas! — recalcó Binda.

## CAPÍTULO XVIII

—Esto es imposible — exclamó Zobra.

Todos los ojos se volvieron hacia Zeldonius.

—Antes me preguntaron — telepatizó el profesor — si era posible lograr un aumento de tamaño... Sí. Si lo es, pero no hasta el extremo de conseguir la envergadura de esos gigantes. Usted está en un error, Binda.

—No... Antes vimos el rostro del profesor Arcano a través de un catalejo. Era un rostro cien veces mayor, pero era el suyo. Zeno también lo vio. Pensó que era una coincidencia, pero se produjeron más coincidencias después... Díselo, Zeno.

El aludido explicó:

—La forma de las ropas, descomunalmente mayores pero coincidentes, el color, y por último el sistema de sus armas, el modelo, el ácido corrosivo.

Zeldonius siguió expresando su disconformidad:

—Esos seres no han podido lograr un crecimiento semejante en el poco espacio de tiempo que ha transcurrido desde ustedes se separaron de ellos.

Fue entonces cuando Zeno vio la verdad.

—¡Ya lo comprendo! — exclamó.

Antes de que pudiera exteriorizar su pensar, Priko, el jefe de la defensa llegó portador de otra mala noticia:

—Hemos empezado el ataque, pero nuestras armas no hacen ninguna mella en los gigantes.

—¿Y lo han intentado con las nuevas? — inquirió Zeldonius.

—Sí. Hemos probado de atacarles a ras de suelo... No llegamos siquiera a la altura de la suela de sus botas luego situados sobre las piedras. El fuego les alcanza. Pero no parece hacerles un daño mayor que el de una picadura de insecto. ¡Son invencibles, Zeldonios! Nos aplastarán.

El profesor preguntó:

— ¿Dónde están?

— En la orilla del mar. Beben y se refrescan...

* * *

Sí. Los hombres de la expedición del «Correo Espacial» bebían y se refrescaban gozando del descanso.

Pero, para ellos aquello no era un mar.

Sólo una charca. ¡Una charca grande!

Algunos, metidos dentro del agua, daban la medida del líquido, que no sobrepasaba sus botas.

Reían.

Hablaban de la batalla que habían sostenido con los Robots.

Eran ellos. ¡Los gigantes del Espacio!

Alguna que otra vez se llevaban las manos a las piernas. Uno de ellos comentó:

—Fíjese, profesor... Esos insectos tienen mucha fuerza. Me han agujereado el pantalón.

Y mostró un diminuto agujero.

* * *

Priko proseguía su relato:

—Lo máximo que hemos conseguido ha sido agujerearles sus recias ropas.

Zeldonius preguntó a Zeno.

—Antes llegó usted a una conclusión. Exponga lo que está pensando.

—Ocurrió cuando estábamos en el desierto, profesor. Ya le conté que Binda se había desvanecido...

—Sí — replicó, siempre con el pensamiento, Zeldonius.

—Bien, pues... Él me dijo que nuestras células magnetizadas por la situación y circunstancias de la Estación de donde procedíamos producían un choque en el campo vectorial del desierto.

—Es muy probable.

—En resumen... cuando antes de alcanzar nuestro «Correo Espacial» caímos los dos yo vi aquella masa incolora. No oí la explotación pero estoy seguro de que se produjo.

Zeldonius comprendió:

—Sí, Zeno... Sé lo que imagina y es perfectamente posible... Sus cuerpos se desintegraron, las células se esparcieron por el éter para volverse a juntar trasmutadas, y por supuesto sólo una parte de ellas.

Binda agrandó los ojos.

—Entonces... Somos nosotros quienes cambiamos de tamaño.

—Sufrieron una mutación — explicó el profesor Zeldonius — sin cambiar en absoluto su aspecto esencial. Sólo de este modo podían sobrevivir en aquella zona.

— ¡Es increíble! — exclamó Binda.

—Para ustedes sí, pero la naturaleza, en el cosmos, tiene todavía muchos secretos.

—¿Cómo no nos dimos cuenta? — murmuró Binda.

Zeno respondió a su pregunta:

—Porque ambos nos veíamos exactamente iguales. ¡Carecíamos de puntos de referencia!

—¡Ahora comprendo por qué el planeta nos pareció distinto, de mayor tamaño!

Se hizo un silencio. Todos se miraron entre sí. Para ellos seguían siendo los mismos. Zeno era el hombre alto, atlético, Binda más bien bajo, de poca envergadura, pero normal.

Zobra, la bella muchacha de ojos grandes, y el profesor doctor Zeldonius con su estatura media y su rostro despierto, adusto e inteligente; y los demás... todos igual, excepto que comparados, con su anterior envergadura, eran seres tan insignificantes que ni siquiera eran percibidos por un ojo humano normal.

En aquellos momentos, en que acaban de descubrir la verdad, todas las cosas que antes les parecían inexplicables, ahora estaban perfectamente claras.

La facultad de pensar no había variado en absoluto. Sin embargo, Binda gritaba:

—¡Quiero volver a ser como antes! ¡Quiero volver con los míos!

—¡Cálmese!—le pidió Zeldonius.

—Ustedes son muy inteligentes. Han alcanzado en ciencia y técnica lo que los humanos tardaremos generaciones en aprender. Pero ¿de qué les sirve? Sólo son insectos, microbios que pueden mezclarse en una ampolla inyectable para inocular o combatir un virus en un experimento de laboratorio. ¿No lo entienden? ¡Microbios!

Zeno se acercó y palmeó la espalda de su amigo.

—Cálmate, Binda. Vivimos.

—¿Por cuánto tiempo? Cuando nos descubran, seremos utilizados como experimentos...

—No nos capturarán, porque saldremos de aquí. Hay que aceptar los hechos... Hemos sido invadidos...

— ¡Invadidos por los nuestros!

— Parece una ironía — sonrió Zeno.

—Tanto temor ante lo desconocido, tantos preparativos pensando en que íbamos a enfrentamos con monstruos... Recuerdo que allá, en nuestra Estación Radial, sí... Recuerdo al inspector Tarbes tomando sus precauciones ante lo desconocido. ¡Y lo desconocido era esto! —Microbios... ¡Qué estúpidos somos los humanos! Nos creemos inferiores...

Hizo una pausa y preso de la misma excitación siguió:

—Hasta esos monstruos robots eran unos enanos comparados con nuestro tamaño normal.

¡Enanos!

Aquella palabra hizo reflexionar a Zeno que volvió su mirada para encontrarse con la del profesor Guardo:

—Usted nombró antes un planeta habitado por enanos.

— Cierto.

Zeno soltó una carcajada.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? — espetó Binda.

—¿No lo comprendes, amigo mío? Todavía existen seres más diminutos que nosotros.

—¡Oh mucho más! — telepatizó Guardo—. Hay habitáculos que sirven de residencia a seres microscópicos.

—¡Figúrate cómo serán esos seres, Binda... ¿Lo ves? Para ellos somos gigantes. ¡Gigantes!

Binda comenzó a sonreír para acabar riendo a carcajadas.

En todo el ámbito de la Comunidad Subterránea resonaba el hueco de aquella risa histérica.

Luego cesó de repente para quedar callado, resignado.

Zeno se abrazó a Zobra.

Ella preguntó:

—¿Quisieras volver a tu tamaño normal?

—¿Para qué? Vivo entre vosotros. Me siento normal. Para mí no he cambiado, puedo hacer lo mismo que antes, y además te tengo a ti...

Se fundieron en un abrazo.

El gran memoriador transmitió la nueva:

—«¡Los gigantes avanzan!»

—Zeno—memorizó Zeldonius —. Ha llegado el momento de buscar un nuevo lugar... Quizá esa Estación Radial no sea un mal sitio.

El «memorizador» captando la conversación de los gigantes traspasó sus pensamientos a los reunidos en la sala de actos:

—«El profesor Arcano ha decidido ocupar la Comunidad»

Y en la pantalla se reprodujo la escena. Binda y Zeno pudieron ver perfectamente a los dos hombres, tan conocidos, conversando. Eran Tarbes y Arcano

—Ya están avisados — decía el inspector —. No tardarán en ponerse en camino.

—Bien, Tarbes... Se me ocurre que lo primero que hemos de hacer es aniquilar a los insectos... Ya sé que no es tarea para soldados tan aguerridos como los suyos, pero convenga conmigo que son bastante molestos.

— Ya lo he notado, profesor.

—¡Ah! Me gustaría obtener unos cuantos ejemplares vivos... Siempre es posible experimentar con ellos. ¡Quién sabe si descubriremos algún nuevo medicamento útil a la humanidad!

No. Ni Tarbes ni Arcano, ni ninguno de los soldados se daban cuenta de la legión de insectos que con sus modernísimas armas atacaban en masa...

Era una guerra inútil.

Uno de los soldados del ejército de Juno vio ante sí una pesada bota a punto de aplastarle y tuvo que huir abandonando el arma.

La bota aplastó aquel diminuto microscópico, juguetito, mientras sacaba de su bolsillo un tubo del que extraía una píldora.

—Ése es un tubo como el que examinó, profesor Zelonius — dijo Zeno.

— Sí — admitió el aludido.

—Por eso el olor nos era característico — siguió Zeno, mientras Binca permanecía inmóvil.

—Bien. Es el momento de partir — mentalizó Zeldonius.

—¿Qué hacemos con el gran «memorizador»? — preguntó Priko.

—Dejémoslo. Donde quiera que vayamos construiremos otro. No es tan difícil.

Y aquel fabuloso cerebro electrónico transmitió su última orden.

«Evacuación general». Cese de la inútil lucha y reunión en el campo de despegue de astronaves.

Una —para ellos — monumental astronave capaz para todos los habitantes de Juno estaba dispuesta.

El rayo autopropulsado extendía ante sí un camino en la inmensa galaxia. La gente iba ocupando sus sitios. Eran miles de seres, formando un espeso enjambre.

—¡Mire!—exclamó Tarbes dirigiéndose al profesor. Arcano.

—Insectos — sonrió el profesor —. Parece toda una concentración. Ahora es la ocasión de recoger unos cuantos. Vaya por ellos, Tarbes.

Zeldonius, captando las órdenes de sus «enemigos» los gigantes, advirtió del peligro.

—¡Cuidado, amigos! Vienen por nosotros...

En un momento se desparramaron, mientras Tarbes intentaba cazarlos con una diminuta red.

Fue entonces cuando los ojos del inspector se fijaron en aquella pequeña pelota.

¿Pelota?

Sí. Para el inspector «aquello» no era más que una pelota metálica, aunque su material fuera blandoide.

—Qué extraño...—murmuró para sí—. Una pelota de ping pong —. Y la tomó entre sus manos.

Cientos de seres se sintieron zarandeados.

—¿Me trae esos insectos, Tarbes? — preguntó el profesor.

—¡Oh, sí! — Y arrojó la pelota que rebotó en el suelo sin que afortunadamente se abollara.

Zeldonius preguntó:

— ¿Están todos bien?

—Algunos con magulladuras, pero de escasa importancia. Les atenderemos por el camino — exclamó un sanitario.

En breves momentos todos — excepto unos pocos que habían sido

cazados — estuvieron dentro.

El rayo propulsor proyectó al espacio la nave.

Por un momento, Tarbes frunció el entrecejo y parpadeó:

«Juraría que es la pelota de ping pong», se dijo...

Pero siguió adelante para entregar los «insectos al profesor Arcano.

## EPÍLOGO

La nave seguía su curso a velocidad vertiginosa. Era un puntito apenas perceptible en el espacio.

—¡Atención, peligro! — surgió en la pantalla autocontrolada—. ¡Se acerca un objeto no identificado de gran tamaño!

El «Objeto» pasó muy cerca. Era tan grande como un «planeta».

Zeno sonrió.

—Es uno de nuestros «Correos del Espacio» — explicó a Zobra que se sentaba a su lado—. Ellos invaden Juno...

— ¿Piensas con nostalgia en él pasado?

— No, cariño. Miro con esperanza el futuro.

Zeldonius les interrumpió.

—No veo a Binda... Temo que haya sido capturado.

Zeno pensó unos instantes, luego sonrió para aducir:

—No. No lo han capturado. Creo que «se ha dejado capturar».

Luego, sin pensar en nada más, abrazó a Zobra.

Una nueva vida esperaba a ambos.

Sí, entre los gigantes, ellos eran simples insectos..., en algún otro lugar serían ellos los seres superiores. Al fin y al cabo no les faltaba inteligencia...

* * *

Cuando el profesor Arcano observó, a través del microscopio, al pequeño ser, percibió claramente lo que le estaba transmitiendo:

— Soy Binda, profesor. Soy Binda.

Arcano arqueó las cejas.

—Es increíble. ¡Fabuloso!

— ¡Soy Binda!—repetía su ex ayudante.

Y Arcano pensó:

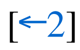
—Juraría que... No sé si estoy soñando, pero no experimentaré contigo pequeño microbio. Tengo que averiguar esto. Sí. Tengo que averiguarlo.

¡Cielos, cuánto nos falta por aprender todavía!

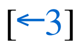
**FIN**

[←1]

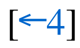
Ojo mágico que reproducía voz e imagen, a modo de Televisión, por toda la Estación Radial, en pequeñas placas portátiles que actuaban a modo de pantallas.



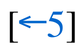

Un «Descanso» equivale a una noche terrestre.



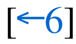
Se supone la forma de referirse a lo que más o menos sería un día en el planeta Tierra, aunque su duración no fuese idéntica.



Forma de mencionar un planeta, habitáculo, etc.



Cerebros Electrónicos.


[←6]

Meses o años comparados a los del planeta Tierra, si bien su duración no fuese exactamente la misma.